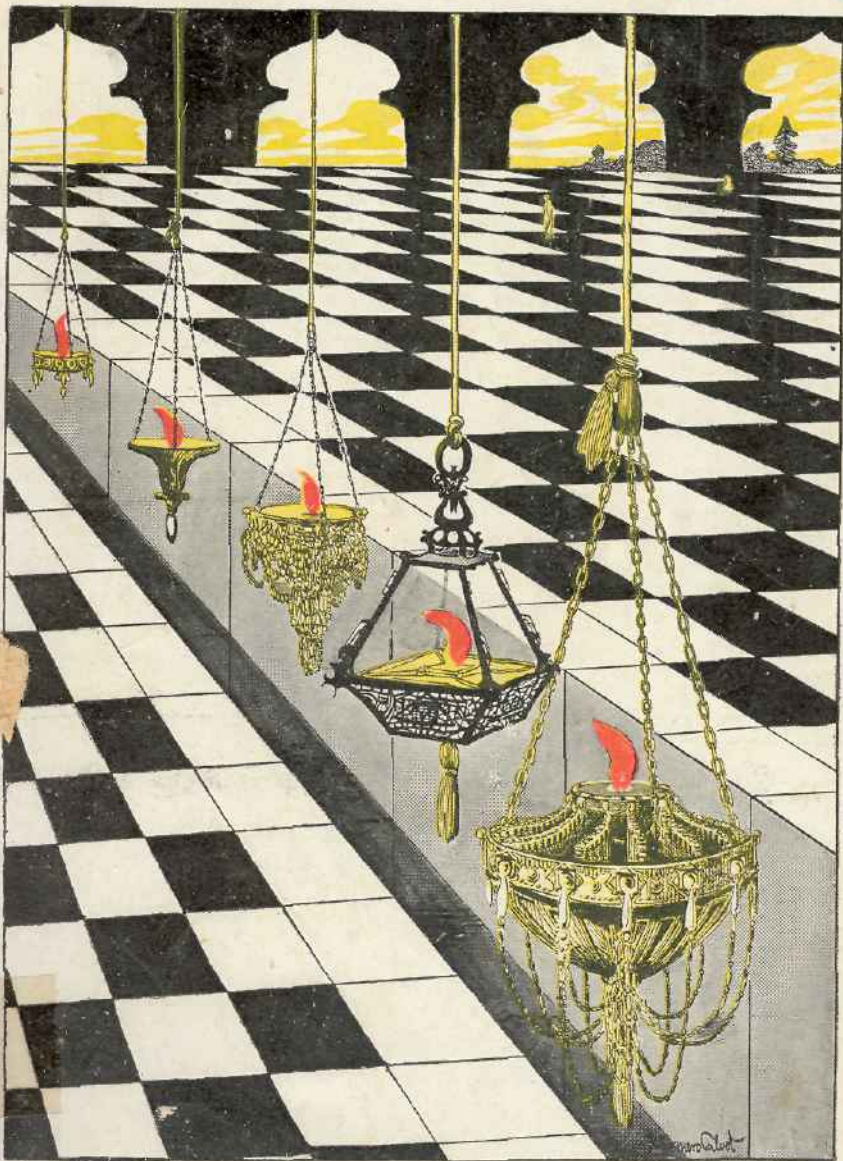


FRANCISCO VILLAESPESA

MIS MEJORES POESIAS



ESTA OBRA NO
SE PUESTA

MIS MEJORES POESIAS

Rafael Sancho Juan
Abril de 1925

PRINTED IN SPAIN

27

MIS MEJORES POESIAS

POR

R-8138 A

FRANCISCO VILLÆSPESA



NUEVA EDICION



BARCELONA

CASA EDITORIAL MAUCCI

Gran medalla de oro en las Exposiciones de Viena de 1903, Madrid 1907, Budapest 1907, Londres 1913, París 1913, y gran premio en la de Buenos Aires 1910

Calle de Mallorca, núm. 106

9 PROPIEDAD DE ESTA CASA EDITORIAL

INTIMIDADES



Tu reja

¡Cubierta de flores
tu reja aun se halla;
y a través del encaje que forma
el jazmín que a sus hierros se enlaza,
tus pupilas, a veces, contemplo
fulgurar entre flores de plata,
como dos mariposas azules
que aletean detrás de las ramas...!

¡Quién pudiera acercarse a sus hierros
cuando extiende la noche sus alas,
y a la luz de la luna que alumbrá
la vetusta quietud de la plaza,
repetirte las viejas canciones
que en horas de ensueños temblando escuchabas,
palpitante el seno
y fija en mis ojos tu ardiente mirada,
con la misma atención con que oías
de tu madre, sentada en la falda,
esos cuentos de amor con que duerme
la vejez bondadosa a la infancia...!

Una noche, al ponerse la luna,
y en sombras envuelta quedar tu ventana,
ante el Cristo de oro que cuelga
del collar que ciñe tu cúrnea garganta,
juramos amarnos en tanto tuviesen
sangre nuestras venas y fe nuestras almas,
por la eterna y bendita memoria
de aquellas dos santas
que del cementerio, bajo el duro mármol,
como en lecho de flores descansan...!

¿Qué se hicieron de aquellas promesas...?
¿Dónde fueron aquellas palabras
que llevaban en sí la armonía
del jilguero que trina en las parras,
de la brisa que agita las flores
y del mar cuando besa las playas...?

¡Ya de aquellos amores no quedan
ni la nivea estela que deja la barca;
ni el rastro de oro que finge en el cielo
el ave que cruza, la nube que pasa...!

Fué un delirio de amor que envidiosas
disiparon las luces del alba...
¡Blanca espuma que el viento deshizo...!
¡Un copo de nieve que el sol trocó en agua...!

¡Oh, reja moruna,
que aun cubierta de flores te hallas...!
¡Cuántas veces, echado en tus hierros,
sorprendíome la alegre alborada,
teniendo en mis manos temblando las tuyas,
y junto a mis labios sus labios de llamas...!

¡Oh, reja bendita,
no puedo olvidarte...! ¡Te llevo en el alma;

pues en ti de mi vida han pasado
las horas más gratas;
y a través del encaje que forma
el jazmín que a tus hierros se enlaza,
sus pupilas, a veces, contemplo
fulgarar entre flores de plata,
como dos mariposas azules
que aletean detrás de las ramas...!

Primavera

Lanzan en tus aleros sus canciones
las aves que del Africa volvieron,
y cual labios de fuego, se entreabrieron
los claveles que adornan tus balcones.

¡Tornaron con tu amor mis ilusiones;
los granados del huerto florecieron,
y sus flores, que al sol enrojecieron,
semejan llameantes corazones...!

En tu jardín, del que me alejo en vano,
te contemplo de flores rodeada,
símbolo de la alegre Primavera,

con una hermosa tórtola en la mano,
y una rosa de púrpura enredada
en tu rubia y flotante cabellera...!

Invernal

Por el cielo sus alas vagarosas
la luz crepuscular ha desplegado;
tiembla la nieve sobre el mustio prado,
como lluvia de blancas mariposas...

Van al nido las aves presurosas;
regresa a los establos el ganado;
y del rosal en tu balcón plantado,
deshoja el viento las marchitas rosas.

Mas pronto la fecunda Primavera,
convirtiendo la nieve en manantiales,
esmaltará de flores la pradera...

¡Y yo entonces, ausente de tu lado,
recordaré estas tardes invernales,
cual recuerda su patria el desterrado!

Amorosa

Como Ofelia, de flores coronada,
desnudo el seno que de amor palpita,
acudes impaciente a nuestra cita,
en blanco chal de encaje mal velada.

Por los hombros tu trenza despeinada
lleva de oro sobre nieve imita,
y a que te adore hasta morir me invita
el fuego abrasador de tu mirada.

De muerte herido y de luchar cansado,
me rendí en la mitad de mi sendero,
mucho más que vencido, fatigado...

¡Es inútil lidiar contra la suerte...!
¡Sé que he de sucumbir, y sólo quiero
entre tus brazos esperar la muerte!

Ocaso

Asómate al balcón; cesa en tus bromas,
y la tristeza de la tarde siente.
El sol, al expirar en Occidente,
de rojo tiñe las vecinas lomas.

El jardín nos regala sus aromas;
mece el aire las hojas suavemente,
y en las blancas espumas del torrente
remojan su plumaje las palomas.

Al ver con qué tristeza en la llanura
amortigua la luz su refulgencia,
mi corazón se llena de amargura...

¡Quizá el amor que en nuestros pechos arde,
apagarse veremos en la ausencia,
como ese sol en brazos de la tarde...!

Celos

Al saber la verdad de tu perjurio,
loco de celos, penetré en tu cuarto...

Dormías inocente como un ángel,
con los rubios cabellos destrenzados,
enlazadas las manos sobre el pecho
y entreabiertos los labios...

Me aproximé a tu lecho, y de repente
oprimí tu garganta entre mis manos...
Despertaste... Miráronme tus ojos...
¡Y quedé deslumbrado,
igual que un ciego que de pronto viese
brillar del sol los luminosos rayos...!

¡Y en vez de estrangularte, con mis besos
volví a cerrar el oro de tus párpados!

La última cita

—¿Me olvidarás?—te dije, entre mis manos estrechando tus manos delicadas...

—¡Jamás!—me respondiste, en mis pupilas clavando tus pupilas de esmeralda, en donde, suspendidas entre el oro que esmalta tus pestañas, cual perlas de irisados resplandores, temblorosas veíanse dos lágrimas...

¡Lágrimas que mis labios apuraron en un hondo silencio de nostalgias, antes de que, cual gotas de rocío, rodasen a las flores de tu cara!

Reclinaste en mi seno tu cabeza; tus brazos rodearon mi garganta; se unieron nuestros labios, cual se juntan las flores a los besos de las auras; ¡y así unidos, lloramos largo tiempo, porque el placer también tiene sus lágrimas!

Tenue rayo de luna, penetrando
a través del rosal de tu ventana,
alumbró con su plata melancólica
la perfumada estancia;
¡y a lo lejos, turbando de la calle
el silencio, escuchóse una guitarra,
cuyas lánguidas notas trajo el viento
entre sus tibias y olorosas ráfagas,
semejantes al ruido de las olas
cuando besan la arena de las playas...!

Báquica

A MIGUEL SAWA

¡Brindad, chocando las doradas copas,
por la madre común Naturaleza,
que en los brillantes átomos del vino
todos los goces de la vida encierra!

¡Coronadas de pámpanos las sienes,
a compás de la alegre pandereta,
hagamos renacer con su bullicio
las bacanales de la antigua Grecia!

En estantes que brillan como el oro,
colocadas en fila, las botellas,
a apurar nos invitan sus licores,
que al bañar los cerebros donde llegan,
hacen surgir paisajes y episodios,
fragor de luchas y tronar de fiestas!

¡Málaga nos dará sus dulces vinos,
ardientes cual su sol y cual sus hembras,

Mis mejores poesías.—2

que esparcen de sus playas la alegría
y de sus ricas flores las esencias!

¡Sanlúcar su olorosa manzanilla,
que huele a mejorana y allucema;
y nos recuerda zambras y cantares
al son de melancólicas vihuelas;
de la lidia el brillante panorama,
y de Sevilla las lujosas ferias!

¡Jerez su rico caldo generoso,
dorado como el trigo de sus eras,
que hace soñar con árabes palacios,
rostros morenos y floridas rejas,
donde a la luna pálida, los novios
las nimiedades de su amor se cuentan!

¡También Champaña verterá entre espumas
su cristalino néctar,
que semeja, al caer sobre las copas,
brillante lluvia de azogadas perlas!

¡El Rhin hará soñar con cielos grises,
con catedrales que hasta el cielo llegan,
castillos de vetustas tradiciones,
y vírgenes de rubia cabellera!

¡A través del Falerno, admiraremos
los célebres canales de Venecia,
de Nápoles el golfo transparente,
donde el Vesubio su fulgor refleja;
de Roma antigua las sagradas ruinas,
y las joyas y templos de Florencia!

¡Chipre nos mostrará las verdes islas
que surgen de los mares, cual nereidas

coronadas de flores, y de Venus
evocará las lujuriosas fiestas...!

¡La historia entera de la especie humana,
encerrada se encuentra en las botellas!

¡El amor es mentira...! ¡Es la nostalgia
del alma errante que en lo eterno sueña...!

¿Justicia? ¿Religión...? ¡Monstruos horribles
que el despotismo y la ignorancia engendran...!
¡Vallas donde los débiles se acogen,
porque para luchar no tienen fuerzas!
¿La gloria...? ¡Anhelos de las almas...! ¡Humo,
que más se pierde cuanto más se eleva!

¡Hoy sólo la Verdad, como en un trono,
sobre el mundo se sienta,
y en sus fulgores nuestras ansias mueren,
cual mariposas que en la luz se queman!

¡De mitos despojó las religiones;
de Dios los templos, y en las aras viejas,
sólo como antigualla del Museo,
Cristo clavado en el madero queda!

¡Los que sentís las náuseas del hastío;
los que dejasteis en la abrupta senda,
ensueños e ilusiones, cual corderos
que entre las zarzas sus vellones dejan;
almas por la desgracia combatidas;
filósofos sin fe; tristes poetas,
cantores del dolor, que en débil cuerpo
arrastráis, como un fardo, el alma muerta!
¡Bebed, porque es el vino la alegría...!
¡La única religión que hay en la tierra!

¡El prestará vigor a los sentidos,
y nueva sangre a las exhaustas venas!

¡Brindad por ese coro de hermosuras,
de labios de coral y ojos de estrellas,
que entre sus brazos nuestra dicha ahogaron,
como ahoga a los árboles la hiedra!

¡Brindad por ese mundo de injusticias
que a nuestras plantas, desquiciado rueda...!
¡Por el ansia imposible...! ¡Por el vuelo
que hasta la luz a los insectos lleva...!

Y cuando entre sus brazos vaporosos
la embriaguez nos envuelva,
¡hundamos un puñal en nuestros pechos,
para que nunca despertemos de ella!

FLORES DE ALMENDRO

Preludio

El jardín está triste y silencioso;
sin flor la acacia y los rosales secos...
Tan sólo en las desnudas arboledas
se agitan florecientes los almendros...

¡Qué flores tan efímeras...! Su vida
es la vida fugaz de nuestros sueños...
¡Tienen la palidez de tu semblante,
y la tristeza de tus ojos negros!

¡Ciñe con ellas tu nevada frente,
y ven a ser la musa de mi Invierno...!
¡Dichosas flores, que al caer marchitas
perfumarán de sombra tus cabellos!

La seguidilla

¡Bajo la fresca sombra de verde parra,
la seguidilla, abeja de oro, vuela,
mientras las somnolencias de la guitarra
turba con sus repiques la castañuela!

Con sus rítmicas alas vaga traviesa,
como boso de fuego, de boca en boca,
y en sus notas dolientes la pena expresa
del alma de una raza de amores loca.

Nos recuerda gitanas enamoradas,
de labios llameantes como claveles,
de pupilas siniestras, negras miradas;
morenas, sensuales, tristes y fieles.

Llora penas sin nombre, ensueños vanos,
celos, ansias, caricias... ¡Tristes amores

de vírgenes difuntas, en cruz las manos,
sobre ataúdes blancos llenos de flores!

Evoca alegres fiestas: revuela el toro
tras las flotantes capas ensangrentadas...
Canta rejas floridas, vinos de oro,
nocturnas serenatas y puñaladas...

¡Esparce en las verbenas lírico encanto
con las alegres notas de su alborozo;
y enronquece de angustia, ciega de llanto,
al surgir de las rejas de un calabozo...!

¡Bajo la fresca sombra de verde parra,
la seguidilla, abeja de oro, vuela,
mientras las somnolencias de la guitarra
turba con sus repiques la castañuela!

RECUERDOS

Nocturno de ciudad

Las calles están húmedas. Las nieblas emborronan los viejos edificios.

Sólo brillan, a trechos, los temblores de alguna luz tras empañados vidrios, evocando interiores familiares: tertulias del hogar; rostros de niños

que, sonrientes en la tibia falda de la madre, que cose, se han dormido; moribundos que cierran para siempre los turbios ojos que a la muerte han visto; amantes que esperando sus amores alzan con mano trémula el visillo; pálidas frentes de encrespadas greñas que luchan por dar forma a sus delirios...

¡Todo lo que la lámpara ilumina con sus vagos reflejos pensativos!

Aulla un perro. En el quicio de una puerta los amantes se besan, escondidos;

y las manos voraces se acarician
bajo los mantos, con temblor lascivo.

Las linternas de un rauda carruaje
relucen en el negro laberinto
de las calles desiertas. Una música
metálica de sonos de organillo,
entona melancólica, a lo lejos,
canallescás canciones. En el frío
atrio del templo extienden, suplicantes,
sus manos pegajosas los mendigos.

Torvas sombras acechan nuestros pasos,
tras la esquina. Se apagan los sonidos
de la macabra música en la noche,
mientras las hijas pálidas del vicio,
surgiendo de los negros soportales,
de algún viejo farol al turbio brillo,
nos detienen risueñas, y nos hablan
con equívocas frases al oído...

Bajo el naranjo del patio

Bajo el verde naranjo que sombrea
el viejo mármol de la fuente arábica,
¡con qué avidez, tu nivea dentadura
la miel de una naranja devoraba!

El zumo por los labios te corría
como sangre de oro... ¡Yo temblaba,
como si el corazón se desgarrase,
desangrándose, igual que esa naranja
que las blancas crueldades de tus dientes
con la dulzura de sus mieles paga!

JARAMAGOS

Mis mejores poesías. — 3

Jaramagos

I

¡Ni una cruz en mi fosa...! En el olvido
del viejo camposanto,
donde no tengo ni un amigo muerto,
bajo la tierra gris, sueñan mis labios;
¡y de sus sueños silenciosos, brotan
amarillos y tristes jaramagos!

Si alguna vez hasta mi tumba llegas,
lleva esas pobres flores a tus labios...
¡Respirarás mi alma...! ¡Son los besos
que yo soñaba darte y no te he dado!

II

Alguna noche llamaré a tus puertas,
e inmóvil quedarás cuando las abras,
al verme entrar más pálido que un muerto,
con la lívida faz ensangrentada...

Y huirás de mí... ¡Y tornaré de nuevo
a perderme en las sombras de la Nada,
sin decirte mis labios, en un beso,
todo cuanto en la vida te callaran!

III

¡Ya pronto moriré! Tiembla en mi pecho
como agónica lámpara la vida.

¡Cuando mi cuerpo rígido se hiele
y se vidrie el cristal de mis pupilas,
cubre mi rostro con aquel pañuelo,
blanco sudario de pasadas dichas,
que enjugó tantas veces nuestras lágrimas
en la noche fatal de mi partida!

¡En el verde sendero que sombrean
acacias y magnolias florecidas,
bajo el doliente sauce solitario,
donde a alegrar mi corazón venías,
cava una tumba; y planta sobre ella,
entrelazado con su cruz bendita,
aquel rosal de cálices de nieve
que perfumó nuestras nocturnas citas!

IV

Al partir, ¡con qué tristeza
nuestros ojos se miraron...!
Un beso estalló en tu boca;
un beso brotó en mis labios...

Tendieron el vuelo juntos,
y en el aire se encontraron...

Volaban las golondrinas
en la gloria del ocaso;
y en un suspiro de amores,
sobre la quietud del lago,
dos cisnes agonizaban
con los cuellos enlazados!

V

¡Por la carretera arriba,
toda vestida de blanco,
con una cruz sobre el pecho
y una palma entre las manos,
se llevaron a mi novia,
camino del camposanto!

Sobre su tumba olvidada
negra cruz abre los brazos;
¡negra cruz que de encendidas
campanillas viste Mayo...!

Cuando mis viejos amores
me llevan al camposanto,
llenos los ojos de lágrimas,
a la negra cruz me abrazo,

y lloro las oraciones
que en mi niñez me enseñaron...

¡Bendita, bendita seas,
negra cruz del camposanto!

VI

En el claro y transparente
cristal de la vieja copa,

escancia un vino de ensueño
una mano misteriosa,

y se lo ofrece al poeta,
que solitario, en la sombra,
con la frente entre las manos,
un amor sin nombre llora.

El vino tiene el olvido
de esa santa flor exótica
que abre sus hojas de nieve
sobre el oro de las ondas
que reflejan los inmóviles
palmares de las pagodas...

Las vírgenes que de noche
su labio en el vino mojan,
despiertan más pensativas,
más pálidas y ojerosas...

Y el poeta que lo bebe,
canta piadosas estrofas
de esperanza y de consuelo...

¡ Blanca mano misteriosa,
acerca a los labios míos
el olvido de tu copa!

VII

La Luna es el rostro lívido
de una virgen; las estrellas
son los cirios que iluminan
las funerarias tinieblas,
y el cielo la azul mortaja
en que se envuelve la muerta.

¡La luz de la Luna finge
cuando moribunda tiembla,
la mirada de unos ojos
que para siempre se cierran...!

VIII

¡Las manos que me acaricien
y los labios que me besen,
quiero que tengan el fuego
devorador de la fiebre,
la vaguedad de la Luna,
y las tristes palideces
de las manos y los labios
inmóviles de la Muerte...!

¡Párpados que yo besé
se cerraron para siempre...!
Ojos que nunca he besado,
¡pedid a Dios que os bese!

IX

El sol es de brasa
y el aire de fuego...

Ráfagas de asfixia respira la tierra,
como un horno ardiendo...

No se escucha un pájaro;
no se siente un eco...

Se cierran los ojos... ¡El campo desnudo
parece un desierto!

Fuentecita clara,
¡dame de tus aguas, que de sed me muero...!

¡Sé para mis labios igual que la lluvia
para el campo seco...!

¡Que Dios té bendiga...!
¡Que siempre a tu espejo
se asomen a verse, las más rutilantes
estrellas del cielo,
porque con la plata de tus frescas aguas
apagaste la sed del viajero!

X

Como todo, un libro
la vida retrata...

Nace, vive y muere... ¡Puede decir mucho,
y no decir nada...!

Como todos, éste
para nadie y para
todos, está escrito...
¡Pero a mí me basta
con que lo comenten tus negras pupilas
con la santa piedad de una lágrima!

Como todo, es sólo
ráfaga de polvo que en el viento pasa...
¡Tal vez lleve alguna sangre de mis venas...!
¡Tal vez lleve algunos jirones del alma!

SENSITIVAS

Sensitivas

A JOSÉ L. FERNÁNDEZ

PROLOGO

El vaho de un aliento
que flota en la brisa,
dura más que vosotras, ¡oh, pobres
esperanzas mías!

Sois raudas y frágiles
como sensitivas,
que al más leve roce
sucumben marchitas!

Castillos de naipes
que un soplo los tira;
¡joyeles de espuma
que el viento disipa!

¡Qué poco durasteis,
esperanzas mías!

I

Es una antigua costumbre
que guarda piadoso el pueblo,
la de poner una cruz
en donde descansa un muerto.
Con tu desdén enterraste
mis amores en tu pecho..
¡Y ni una cruz como ofrenda
sobre su sepulcro has puesto!

II

En vez de esos mausoleos
que la vanidad levanta,
una cruz y un sauce quiero
que sobre mi tumba haya..
¡Una cruz que simbolice
la que en el mundo llevara,
y un sauce que triste copie
con su ramaje, mis lágrimas!

III

¡Detén tu nave, marino,
y vuelve otra vez al puerto,
que hay mar de fondo, y se cubre
de nubes el firmamento...!
¡Para tu vuelo, cariño,
y torna al alma de nuevo,
que hay en la mujer que anhelas
aun más nubes que en el cielo...!

IV

Lloras, lloras sin consuelo,
porque el invierno secó

con sus heladas, las flores
que adornaban tu balcón...
¡Y, sin embargo, te ríes
de aquel pobre corazón,
a quien la eterna nevada
de tu desdén marchitó!

V

Grabé tu nombre en el árbol
en un vértigo de amor,
y lo grabé tan profundo,
que hasta el árbol se secó.
Me toco al pecho, y no siento
latir a mi corazón...
¡Quién sabe si, igual al árbol,
lo habrá secado tu amor...!

VI

Ella cuidaba las rosas
al llegar la Primavera.
Hoy, aunque Mayo ha llegado,
no hay ninguna rosa abierta...
¡Las manos que las cuidaban,
ahora pálidas y yertas,
cruzadas sobre su pecho,
se pudren bajo la tierra!

VII

¡Feliz aquel desdichado
que para ahogar su dolor,
aun tiene llanto en los ojos
y gemidos en la voz...!
¡Y triste del que camina
igual que camino yo,

con la sonrisa en los labios
y el llanto en el corazón!

VIII

Buscando albergue, llamaron
tus amores a mi pecho,
y una voz les contestó:
—¡Dejad en paz a los muertos!
—¡Dejad en paz a los muertos!
—dijeron; y temblé yo,
¡al ver que la voz salía
de mi propio corazón!

LUCHAS

La canción de mi Musa

A ENRIQUE GÓMEZ CARRILLO

Yo soy de ese tropel de ruiseñores,
que en el dolor sus cánticos inspira;
¡rosal florido, de los vientos lira,
que a los golpes del hacha, sangra flores!

Mi corazón, que hirieron los amores,
aun cuando herido está, de amor delira;
¡cántabro heroico que en la cruz expira,
dando al aire sus himnos triunfadores!

Mi libro es áureo estuche cincelado,
donde encierro los cingulos de abrojos
que me ceñeron mis profundas penas...

¡Copa de oro y rubí, donde he escanciado
las lágrimas ardientes de mis ojos
y la pródiga sangre de mis venas!

Mis mejores poesías.—4

El camino

A MIGUEL EDUARDO PARDO

Empapada en sangre,
de abrojos cubierta,
bordeando abismos,
poblada de fieras,
de cuyas pupilas
las fosforescencias
como fuegos fatuos
en las sombras tiemblan,
por el monte arriba, como una serpiente,
se desliza fantástica senda.

La noche sus alas
de sombras perpetuas,
cual negro sudario
tendió sobre ella.

Los vientos la azotan;
la escarcha la hiela;
y sólo la alumbran rojizos relámpagos,
cuyas luces brillan entre las tinieblas,
cual hoscas miradas
que despiden pupilas siniestras.

Cataratas de sangre y de llanto,
de las altas cimas despeñadas ruedan,
con roncros rumores de agónicos ayes,
hambrientos aullidos y horribles blasfemias.

Simbólicas cruces
en la sombra elevan
sus abiertos brazos,
a los cielos pidiendo clemencia;
y azotando el aire
con sus alas negras,
en torno, los cuervos, graznando gozosos,
en bandadas fatídicas vuelan.

Entre los clamores de la lucha, cantos,
carcajadas y besos resuenan...

Son las hadas madrinas del vicio,
las hermosas y ardientes sirenas,
que cual meretrices, en la sombra ocultas,
al viajero acechan;
y le brindan reposo en el lecho,
donde la bacante, desnuda y espléndida,
en los brazos lascivos del sátiro,
en espasmo sensual se revuelca,
hasta que rendida, jadeante, al beso
del goce saciado, los párpados cierra...

II

Empapada en llanto,
de abrojos cubierta,
llena de cadáveres,
poblada de fieras,
por el monte arriba, como una serpiente,
se desliza fantástica senda.

Un débil viajero,
con trémulos pasos, camina por ella.

Los vientos le azotan;
le rondan los cuervos, la escarcha le hiela,
y sus ilusiones y sus esperanzas,
todo lo que al alma nostálgica alegra,
en sangrientos y rojos jirones,
para siempre deja,
de abrupto camino en las zarzas,
o en los brazos de ingratas sirenas...
Pero ni la ronca tempestad le asusta,
ni le espanta el rugir de las fieras...

Y orgulloso, altivo,
cubierto de sangre, con la faz serena,
sin temor asciende,
lanzando a los aires la canción eterna...
¡Porque ha visto brillar en la cumbre
el fulgor inmortal de una estrella!

¡Ese débil viajero es mi alma,
y esa senda tan triste es mi senda!

Pasionaria

A RUBÉN DARÍO

Con la cruz a cuestas
como un Nazareno,
subí la pendiente... Con groseras burlas
me insultaba el pueblo.

¡Pero yo, impasible,
segui mi sendero,
con la risa del héroe en los labios,
la frente muy alta, mirando a los cielos!

Mi mejor amigo,
nuevo Cirineo,
en vez de ayudarme, riéndose hipócrita,
on mi cruz apoyaba su cuerpo.

Un coro de hermosas y púdicas vírgenes,
vestidas de blanco, flotante el cabello,
nuevos Judas, besaron mi rostro;
y de pálidas rosas ciñeron
mi soberbia frente, rígida y helada
como la de un muerto!

Mas las rosas espinas tenían
las espinas, mis sienes hirieron;
y la sangre regó mi camino,
por mi faz, gota a gota, corriendo...

Rióse la plebe;
las blancas deidades también se rieron;
y entre lluvias de piedras y dardos,
con mi cruz al hombro rodé por el suelo.

¡Pero me alcé altivo,
y mi larga senda recorrí de nuevo,
con la risa del héroe en los labios,
la frente muy alta, mirando a los cielos!

II

La tarde moria;
el sol ocultaba sus tristes reflejos;
y legiones de nubes siniestras
el aire cruzaban con tímido vuelo,
cual tropel fantástico
de gigantes y lúgubres cuervos.

¿Abajo...? ¡La plebe, sedienta de sangre!
¿Arriba...? La Sombra... La Nada... El Misterio
con el índice puesto en los labios,
imponiendo a las almas silencio!

Cansado y sin fuerzas,
de sudor y de sangre cubierto,
ascendí hasta la cumbre del monte.

Mis verdugos llagaron mi cuerpo...
De la befa en la cruz me clavarón,
¡y en aplausos las turbas rompieron!

.....

De dolor heridos
temblaron mis huesos...
Doblé la cabeza, se nubló mi vista
y lloré un momento...

¡Pero en un arranque de soberbia, el alma
enjugó mis ojos, y quedé de nuevo,
con la risa del héroe en los labios,
la frente muy alta, mirando a los cielos!

III

Tuve sed... ¡Mis lágrimas
a beber me dieron...!

¡Su lanza la envidia
sepultó en mi cuerpo!

.....

La noche avanzaba... Bramó la tormenta;
rugieron los truenos;
y a mi frente altiva le ciñó el relámpago
su brillante aureola de fuego.

Se alejaron, cantando, las turbas;
estertor de muerte recorrió mi cuerpo,
y expiró mi alma,
igual que expiraron los titanes griegos,
con la risa del héroe en los labios,
la frente muy alta, mirando a los cielos!

IV

La piedad de un rayo,
con su cris de fuego,
de la cruz bendita
descolgó mi cuerpo...

Obscuro sudario me prestó la sombra,
sepultura el abismo en su seno;
y en los negros brazos de la noche eterna
descendí a la mansión de los muertos,
con la risa del héroe en los labios
la frente muy alta, mirando a los cielos!

V

A extraños impulsos
me alcé de mi tumba... ¡Salté de mi lecho...!

En las cumbres brillaba la aurora;
y sus rayos dorados y trémulos,
penetrando a través de mis rejas,
mi cuarto inundaban en olas de fuego.

Cantaba la alondra
sobre los floridos rosales del huerto.

.....
Abrí los balcones, y la pasionaria
prendida a sus hierros,
tembló, derramando
de sus blancos capullos abiertos,
áurea lluvia de perlas o lágrimas.
.....

¡Evoqué el pasado, recordé mi sueño;
y quedé un instante
del balcón apoyado en los hierros,
con la risa del héroe en los labios,
la frente muy alta, mirando a los cielos!

SONETOS

¡Semper!

Sobre el carro de luz de la victoria
envuelta en regia púrpura, te miro
cruzar en raudos y deslumbrante giro,
por el bélico campo de mi historia.

Tú eres mi dios; tu altar es mi memoria;
¡ante él, de hinojos, sin cesar deliro!,
y son mis versos, si en tu amor me inspito,
áureas campanas repicando a gloria!

Como en tu sér mi inspiración se encierra,
no temas al olvido. Altiva goza
el perenne verdor de tus laureles...

¡Que eternamente cruzarás la tierra,
mi corazón llevando por carroza,
y mis fogosos versos por corceles!

Simbólica

Sobre el terso cristal de la laguna,
nuestra velera nave parecía
cisne, que, aleteando, recibía
los luminosos besos de la Luna.

Suspiraban las brisas; la Fortuna,
cantando amores, el timón regía,
y tranquilo en tus brazos me dormía,
como de niño en la materna cuna.

Mas estalló la tempestad... Llorando,
—¡Déjame en la ribera!—me dijiste...
Desde entonces voy solo navegando.

Y cuando el rayo en el espacio brilla,
siempre te miro arrodillada y triste,
rogando a Dios por mí..., desde la orilla!

Nocturno

Si oyes en sueños plácidos rumores,
no es la alondra, que fiel saluda al día:
¡es el último beso que te envía
mi pobre corazón, muerto de amores!

Si llegan hasta ti gratos olores,
no son brisas del campo: ¡es que tardía
te manda, en un suspiro, el alma mía,
el último perfume de sus flores!

Si ahuyentando tu sueño, de repente
el rumor de unos pasos te despierta,
no es tu ángel bueno, que a besar tu frente,

entre las sombras, con sigilo avanza...
¡Son mis celos...! Otelo que está alerta,
esgrimiendo el puñal de la venganza!

Recóndita

¡Corazón! ¿Qué te pasa? Cada día
que transcurre, contemplo con espanto
que se agotan las fuentes de tu llanto,
y hasta el volcán de tu pasión se enfría.

Ni te alegra el amor; ni tu energía
se despierta a los golpes del quebranto;
¡y es que has gozado y padecido tanto,
que ya el dolor, como el placer, te hastía!

Nadie te anima, y nada te commueve,
y despreciando a quien te ofrece abrigo,
sepulcro buscas en tu propia nieve...

¡Vuelve a inspirar de nuevo mis canciones...!
Mi única musa, mi mejor amigo,
¡en plena juventud no me abandones!

Primavera

De flores se cubrieron tus rosales;
zumba la abeja en las abiertas pomas,
y celosas se arrullan las palomas,
volando en los floridos naranjales.

El arroyo nos brinda sus raudales,
frescura el aire y el jardín aromas;
y son, al pie de las vecinas lomas,
alfombras de esmeraldas los trigales.

¡Todo vuelve! Cantó la golondrina
en tu ventana, y en el bosque trina
el ruiseñor... Con el cabello suelto,

cogiendo flores, cruzas la ribera...
Sólo tu amor al corazón no ha vuelto...
¡Para mi corazón no hay Primavera!

Mis mejores poesías.—5

Lontananzas

De la vida en las locas bacanales,
de alegres entusiasmos hice gala,
y hoy mi tristeza, en lúgubre, se iguala
a estas brumosas tardes invernales.

Ya ni me cuido de mis propios males;
y hasta ese llanto, que tu amor exhala,
por mi insensible corazón resbala
lo mismo que la lluvia en tus cristales.

Al mirarme tan solo, tristemente,
de hinojos grito, con el alma entera,
al ver que me abandonan en la lucha,

a la Esperanza que se va: «¡Deténte!»
Y al Entusiasmo que se aleja: «¡Espera!»...
¡Pero ninguno de los dos me escucha!

Nihil

A ENRIQUE REDEL

Reinaban las sombras
en el camposanto.

En la tierra se abrían las flores,
y en el cielo temblaban los astros.

En las negras cruces
de los mausoleos y los campanarios,
lanzaban los buhos
sus medrosos y fúnebres cantos.

Al pie de una tumba, cubierta de sauces,
danzaban las luces de los fuegos fatuos;
y en la fosa común, escondido
entre flores sangrientas, un cráneo,

a la luz de la Luna brillaba
cual bruñido joyel de alabastro.

Entre escombros de viejas ciudades,
y ruinosos y antiguos palacios,
estaba la Muerte
una tumba sin fondo cavando...

Y a compás de sus himnos triunfales,
el Orgullo Humano
cincelaba la estatua de un héroe
en un bloque de mármol de Pharos.

Al Orgullo le dijo la Muerte:
—¡Descansa ya, hermano...
Abandona el cincel y reposa...!

¡No sigas luchando,
que nunca tu numen podrá infundir vida
al alma de piedra que duerme en el mármol!

De tus grandes creaciones, ¿qué resta?
¿En qué cielos fulguran tus astros...?
¡De la nada sin vida surgieron,
y a la nada sin vida tornaron!

¡De todos tus héroes,
de todos tus sabios,
apenas si caben los póstumos restos
en el hueco que forma mi mano!

¡Dura más que el fulgor de tus Dioses
la luz del relámpago...!—

Se calló la Muerte... Por entre las tumbas
se alejó riendo; y el Orgullo Humano
se encogió de hombros, y al son de sus himnos

siguió cincelando
la escultura de un Dios, en un bloque
de mármol de Pharos...

¡Desde aquella escena,
siempre que se miran los dos frente a frente,
soberbia la Muerte, ríese del Orgullo,
y altivo el Orgullo, desprecia a la Muerte!

Orgullo

¡En vano detenerme tu amor intenta!
Mi ambición generosa tu voz no escucha...
¡Como hay aves que cantan en la tormenta,
hay almas que nacieron para la lucha!

Deja que vuele libre mi loco anhelo
y prenderlo no intentes entre tus galas.
Las alas, aunque rotas, exigen vuelo...
¡Y yo siento que en mi alma también hay alas!

Deja que enamorado de la victoria
por ella en el combate luche atrevido,
¡que ascienda con mis ansias hasta la gloria,
o ruede con mis penas en el olvido!

No te inquiete mirarme postrado y preso
en las duras cadenas de mis pasiones...
¡Del cubil de mis vicios yo saldré ileso,
como Daniel del antro de los leones!

Nada exijo a tus gracias ni a tu hermosura.
El planeta del astro las luces copia...
¡La estrella, por sí misma, brilla en la altura...!
¡Es estrella mi numen...! ¡Tiene luz propia!

¡Al rencor del contrario, piedad no imploro!
Deja que me corone con sus desdenes...
Cualquier monarca ciñe tiara de oro...
¡Tan sólo Dios, de espinas ornó sus sienes!

No importa que la envidia siga mi huella.
Mis méritos no empañan mis detractores...
¡Podrá la obscura nube velar la estrella,
pero apagar no logra sus resplandores!

¡Mi pedestal los Zoilos están labrando...!
Su crítica sangrienta ya no me abrumba...
¡Aunque altivas las olas se alcen bramando,
sobre sus turbias crestas brilla la espuma!

Deja, deja que siembren de punzadores
abrojos del camino de mis laureles...
¡El valor las espinas convierte en flores,
cual la abeja el romero transforma en mieles!

¡Sin miedo a sus ataques sigo mi ruta,
pues tiene más dulzuras y más fragancia
la copa en que la envidia vierte cicuta,
que en la que el servilismo su vino escancia!

¡No siento que me hieran en la pelea...!
¡El golpe del acero siempre es fecundo...!
¡Cada gota de sangre guarda una idea,
y cada idea es germen de un nuevo mundo!

La envidia del contrario mi nombre aclama...
Surgen las mariposas de los gusanos...

¡Brotará de sus odios mi propia fama,
como el loto del fango de los pantanos!

Tu amor es mi divisa. Por él resuelto
lucharé en el combate como una fiera,
y si caigo vencido, moriré envuelto
en los gloriosos pliegues de mi bandera.

¡Que me ataquen los viles...! No son nocivas
para el alma del fuerte tan necias mofas...
¡Yo apagaré el murmullo de sus diatribas
con la salva de aplausos de mis estrofas!

Bohemia

A ADOLFO LUNA

De una taberna, en el rincón oscuro,
una noche de invierno,
en torno de una mesa, discutíamos
unos cuantos bohemios.

Flotando en el ambiente, del tabaco
en la humareda envueltos,
el dolor escanciaba en nuestras almas
el champagne de los lóbregos ensueños.

Y volando, cual negra matiposa,
de cerebro en cerebro,
la neurosis fatídica extendía
sus membranosas alas de murciélago.

Hablábamos de lúgubres presagios
y fúnebres proyectos.

Salvador, el artista luminoso,
el de numen espléndido,

cantor de las lascivas bacanales,
de los azules cielos,
del sol, de los jardines florecientes,
y los nupciales lechos
con doseles de rosas y jazmines,
donde el amante trémulo
de la virgen deshoja los jazmines
y rasga el niveo velo...

El poeta elegante, el que ha encerrado
en sus sonoros versos
la luz de las pupilas de su amada
y el ritmo tembloroso de sus besos:

—¡Yo —nos dijo— quisiera que la muerte
me sorprendiese, ebrio
de amor y de champaña, de mi virgen
reclinado en el seno,
para tener como sudario, digno
de amortajar mi cuerpo,
la luminosa túnica de oro
que forman destrenzados sus cabellos!—

Rafael, el poeta del trabajo,
el Homero del pueblo,
Juvenal implacable de los déspotas,
y Amadís esforzado del progreso;
el que en estrofas que sangrientas brillan
igual que en el combate los aceros,
hizo del menestral un sacerdote
y del taller un templo,

exclamó con voz ronca: —¡Desearía
sucumbir en la brecha, defendiendo
al débil contra el fuerte, y contra el déspota
al oprimido pueblo!

¡Morir como un monarca, de mi sangre
en la púrpura envuelto!

Y Ricardo, el poeta de neurótico
y enfermizo cerebro,
el hipondríaco de las rimas,
el cantor de lo tétrico,
de las tardes de Otoño, y de las tumbas
del viejo cementerio,
nos dijo, acariciando a un terranova,
su único inseparable compañero:

—Yo quisiera morir como he vivido.
¡Solo, en mi humilde lecho,
contemplando el retrato de mi madre
y acariciando trémulo,
en vez de ensortijadas cabelleras,
las sucias lanas de mi viejo perro!—

—¿Y tú? —me preguntaron—. Y yo, inmóvil,
permanecí en silencio,
contemplando las vírgenes desnudas
de los frescos del techo,
que, ocultas entre el humo del tabaco,
mostraban silenciosas, sonriendo,
las muertas esmeraldas de sus ojos
y las marchitas rosas de sus senos.

Callamos, y seguimos apurando
el opio del ajeno,
hasta que, al fin, de codos en la mesa,
nos quedamos durmiendo.

.....
Soñé... Como anhelaban, mis amigos
en la lid sucumbieron.
.....

¡Cuánta gente cruzaba por las calles...!
¡Qué solo iba el entierro!

¡Ni una virgen siquiera acompañaba
al funerario séquito,
formado de amarguras y pesares,
de burlas y desprecios!

¡Sólo detrás, aullando, le seguía
el vagabundo perro!

De pronto, abrí los ojos, y dormidos
hallé a mis compañeros;
yo no sé si borrachos de amargura,
o embriagados de ajenjo.

¡Y entrando por la abierta cristalera,
un gran rayo de sol, con sus reflejos,
como nimbos de oro, coronaba
la cabeza del perro,
que, tendido a las plantas de su amo,
diligente velaba nuestro sueño!

Soledades

A MI CONCIENCIA

Yo te miro en mis horas de fiebre
y en mis tétricas noches de insomnio,
silenciosa, acercarte a mi lecho,
y enjugar con tus labios mis ojos.

En tu seno reclinas mi frente,
y en tus brazos me duermo dichoso,
como el niño en la cuna, escuchando
tus cantos, que enervan lo mismo que el opio.

En el recio combate, si dudo,
o si herido a traición me desplomo,
tú, acudiendo en mi auxilio, me alzas;
en tus brazos me ofreces apoyo;
con tus dedos restañas mi herida,
y me infundes valor con tu arrojo.

Hasta en esas horas,
 cuando altivo y loco,
 para ahogar mi dolor, a mi cuerpo
 en los brazos del vicio abandono,
 yo te he visto, de pie junto al tálamo,
 donde mercenarios paroxismos compro,
 de vergüenza llorar, escondiendo
 en tus blancas manos tu pálido rostro!

En cambio, si triunfo del mal y mi frente
 de sangrientos laureles coronó,
 la primera sonrisa es la tuya,
 y tu aplauso el primero que oigo!

En mis soledades a mi pluma guías;
 con tus besos acallas mis odios,
 y al roce suave de tus áureas alas,
 mis versos se llenan de chispas de oro...

.....
 ¡Sigue, casta virgen, en pos de mis pasos...!
 ¡Que nunca me falte tu místico apoyo...!
 ¡Que no deje nunca de verte en mi lecho,
 suspirando en mis noches de orgía
 y llorando a la par cuando lloro!

.....
 ¡Sigue, casta virgen, dejando en mis versos,
 de tus alas las chispas de oro!

CONFIDENCIAS

Tarde de Otoño

I

Ya llegó el Otoño;
la estación de las vagas leyendas,
del castillo ruinoso y sombrío,
de los roncós mares y las mudas selvas;
de la virgen que muere de amores,
y las húmedas tumbas desiertas,
sobre cuyas cruces, los desnudos sauces,
con medroso rumor cabecean...!

La tarde naufraga
en un mar de infinitas tristezas...

En el prado desnudo, del río
por las solitarias mudas arboledas,
su sudario de sombras flotantes
extienden las nieblas,
y la lluvia, entre nubes, desata
sus collares de rítmicas perlas...!

Mis mejores poesías.—6

Al caer, resbalan por las mustias hojas;
del rosal en los cálices tiemblan;
y humedecen el albo plumaje
de las blancas palomas, que, inquietas,
los fríos aleros se arrullan,
arrastrando sus alas de seda..

En las frondas suspiran los vientos,
y en la playa las olas se quejan...

¡El paisaje es tan gris y sombrío,
que parece que el cielo y la tierra
conocen mis ansias
y lloran mis penas...!

II

Ya llegó el Otoño...

Como un ¡ay! de amargura, resuena
en los secos troncos el golpe del hacha...

Las tumbas desiertas,
que no tienen ojos que amantes las rieguen,
el llanto del cielo, la lluvia, las riega!

Sobre el verde lago, cual vapor de lágrimas,
flotan las neblinas, y revolotean
cual medrosos fantasmas, los buitres
y los cuervos que aguardan su presa...!

En torno a las vigas del patio morisco,
de donde su nido solitario cuelga,
una golondrina
silenciosa vuela...

Y aun sueña con cielos azules
y verdes campiñas y auroras espléndidas;
huir de su cuna
le causa tal pena,
que sus alas de luz y de sombra,
temerosas se agitan y tiemblan;
y por el espacio, que ensombren las nubes,
tal vez para siempre, llorando se aleja...!

¡Santas esperanzas, nostálgicos sueños,
ilusiones brillantes y trémulas,
que dejáis vuestro nido en el alma
al ver que se cubre mi cielo de nieblas;
y soñando inmortales amores,
extendéis vuestras alas ligeras,
tras las brumas de Otoño, buscando
el fulgor de lejanas estrellas...!

¡Golondrinas de amor sois vosotras...!
Lo mismo que ellas,
os marcháis para siempre, llorando
al dejar vuestra cuna desierta...!

¡Id con Dios, mensajeras divinas
de amantes promesas...!

¡Os marcháis a anidar a otras almas,
y al perderos de vista, en las nieblas
que envuelven el cielo, suspiran mis labios,
y mis ojos en llanto se anegan...!

III

Ya llegó el Otoño...

Enlutada, la tarde se acerca...

En el mustio rosal que se enlaza
como sierpe amarilla a mis rejas,
una física rosa de nieve
al final de una rama blanquea...

Cuando el beso del aire o la lluvia,
a su tallo, al pasar, balancea,
se doblega agobiado su cáliz,
y sus húmedos pétalos tiemblan...

¡Y parece que al verse tan sola
se deshoja, llorando de pena!

¡Oh, pálida rosa...! ¡Tal vez esos pétalos
que hoy mis labios besan,
cuando surja la Aurora de nuevo,
entre mustio tropel de hojas secas,
hollará el pasajero que cruce
esos mudos campos y esas tristes sendas...!

¡Oh, mi virgen...! ¡La pálida musa
que inspira mis cantos y sigue mis huellas;
el cálido nido
de mis ilusiones y de mis quimeras;
la última rosa
que al rosal de mis sueños le queda...!

¡Quizás, cuando un día
en tu busca vuelva,
de ese cuerpo que apaga mis fiebres,
de esa alma que calma mis penas,
sólo queden puñados de huesos
que pudra la tierra,
y un espíritu errante que flote
de las tardes de Otoño en las nieblas...!

Ya llegó el Otoño;
la estación de las vagas leyendas,
del castillo ruinoso y sombrío,
de los roncós mares y las mudas selvas;
de la virgen que muere de amores,
y las húmedas tumbas desiertas,
sobre cuyas cruces, los desnudos sauces,
con medroso rumor cabeccan...!

SONETOS

Aparición

No ha llegado tu hora todavía...
Su sandalia de nieve, Primavera
no llevó a tus jardines... ¡Alma mía,
abre los ojos a la luz, y espera...!

¡Llegará con las flores tu alegría!
¡Las alas de tu espléndida quimera
te arrastrarán, y un salmo de poesía
entonará en tu honor la tierra entera!

Verás entre tus manos temblorosas
florecer el milagro de las rosas;
bajo tus plantas brotarán las flores...

¡Y del cielo, en un rayo de Luna,
descenderá tu ensueño, envuelto en una
túnica de nevados resplandores!

Mientras caen las hojas...

Mientras caen las hojas lentamente,
y agoniza el crepúsculo, te escribo
este soneto, en cuyo son doliente
latir mi propio corazón percibo.

Doblo en las manos la abatida frente,
y me quedo suspenso y pensativo...
Sólo el rumor cercano de una fuente
me viene a recordar que por ti vivo.

¡Versos de Otoño! Igual que los rosales
que se deshojan a la lluvia, lentos,
van muriendo mis viejos ideales...

¡La noche avanza, y en su paz oscura,
vuelan a ti mis tristes pensamientos,
buscando en tu recuerdo sepultura!

Romeo y Julieta

—¡Adiós, mi vida...! Su fulgor rosado
la aurora, desde Oriente, nos envía...

—Es la Luna, que vierte todavía
sobre el jardín su sueño plateado.

—Hasta el cielo, su vuelo ha levantado
la clara alondra, saludando al día...

—¡No es la alondra quien canta, vida mía...!
¡El ruiseñor, que trina en el granado!—

De amor Julieta desfallece y llora...
Morir su cuerpo tembloroso siente
entre los brazos del amado preso...

¡ Calla la alondra en el azul... ¡La aurora
enrojece de amor en el Oriente,
al escuchar las músicas de un beso!

Póstuma

Le dije al corazón: —Llegó tu hora.
La tierra, abierta y silenciosa, espera;
gime un responso, y, lenta y plañidera,
en el ocaso, la campana llora.

Bajo la tierra, al beso de la aurora,
al florecer la nueva Primavera,
se entreabrió la romántica quimera
que nuestra alma y nuestra carne enflora!

Serán tus sueños luminosas rosas;
y cuando con sus manos temblorosas
ella las corte para su tocado,

al morir de placer en su cabello,
le dará su perfume todo aquello
que tú soñabas darle y no le has dado!

El alma de la fuente

En el azul del claro firmamento
la luz se va apagando lentamente,
como el rumor de una lejana fuente
que en la calma nocturna agita el viento.

Se ha perdido la voz, pero el acento
temeroso y fugaz, la balbuciente
palabra de dolor, eternamente
en mis oídos resonar la siento.

Es un grito, un suspiro, toda el alma
que desfallece, que se va y nos deja
solos, en medio de la noche en calma,

y, temblando, resurge nuevamente
en la fugaz y cristalina queja
del agua fugitiva de la fuente!

Música triste

Surge la voz melódica y serena...
Un recuerdo le asalta... De repente
se le ve vacilar, y nuevamente
clama de angustia y de cariño llena.

Vuelve a callar, y trágica resuena,
en un ay angustioso y balbuciente,
que se extingue en el aire lentamente,
como una larga lágrima de pena.

Igual que el grito de una alondra herida
en el sereno azul vibra su queja...
Se pierde entre sollozos y lamentos,

y naufraga, vibrando dolorida,
en un mar de rumores que semeja
una selva agitada por los vientos!

LA COPA DEL REY DE THULE

Ofrenda

Si penas y dudas olvidar ansías,
su clásica copa te ofrece el poeta.
En marfil y oro la esculpió un atleta...
Fué cáliz de besos en noches de orgías.

Hoy es santuario de las musas mías:
de Chipre, bacante lasciva y discreta;
del Champaña, el oro de la vida inquieta,
y el Jerez, la rosa de mis alegrías.

La copa te brinda divinos amores.
En ella la virgen deshoja las flores
del Epitalamio, y escancia la estrella

el vino celeste de pálidas Thules...
¡Alma soñadora, embriágate en ella
de rojos delirios y ensueños azules!

Mis mejores poesías.—7.

Los Crepúsculos de Sangre

A JUAN RAMÓN JIMÉNEZ

En los labios la sonrisa dolorosa de los mártires,
a las luces moribundas y sangrientas
de la tarde que se apaga;
él, mirándose en los ojos de la virgen soñadora,
y ella, oculta en negros tules, ojerosa, triste, pálida,
por la senda más florida
del jardín de la Esperanza,
bajo un palio de rosales, de jazmines,
de laureles y de adelfas,
el Poeta
y su musa favorita, la que tiene la tristeza
de la luna en la mirada,
livideces sepulcrales en las húmedas mejillas
y jirones de tinieblas en la oscura
cabellera destrenzada,
silenciosos atraviesan,
con los labios sonrientes y las manos enlazadas...!

A su paso, como besos lujuriosos
de unos labios de escarlata,
triumfalmente se entreabren los claveles,
y sus rojos dientes muestran, sonriendo,
como lúbricas bacantes, las granadas.

La pureza de sus senos les ofrecen los jazmines,
y se agitan rumorosos, entonando himnos de gloria,
los laureles, que despiden resplandores de esmeralda.

Así cantan los claveles:

«El Sol vierte en nuestras venas
los ardores tropicales de su sangre epitalámica.
Florecemos en los labios que se funden en un beso,
y en el rostro de la virgen que se entrega enamorada.

Somos himnos luminosos y triunfales
en las rojas epopeyas;
regia púrpura en los mantos fastuosos del monarca;
tibia lluvia de rubíes que entrojece
las guirnaldas de la novia;
llanto rojo sobre el oro señorial de las tiaras,
y en el fondo de los lagos, pabellones de corales,
donde duermen las princesas y las reinas encantadas!

Reflejamos en la sangre de los vinos
—de los vinos que enloquecen—
el incendio lujurioso que devora nuestras almas,
y en los rizos destrenzados de la lúbrica bacante,
agoniza lentamente, como lívido crepúsculo,
el fulgor de nuestras llamas.

Ven, poeta,
y corona con nosotros los cabellos
ondulantes de tu amada...!»

Y el Poeta
y su musa favorita, atraviesan el sendero, sin pararse,
con los labios sonrientes y las manos enlazadas.

Así cantan los jazmines:

«Somos risas hechas flores en los labios del Ensueño.
Nuestra cuna fué la nieve que corona las montañas.
Nuestros besos son los rayos temblorosos de la Luna,
y morimos en la sombra de las noches enlutadas.

Floreecemos en el velo vaporoso de las vírgenes;
a los cisnes les prestamos su blancura inmaculada;
a los reyes el armiño de las túnicas triunfales,
y a Pierrot las cadavéricas palideces de su máscara!

Somos níveas mariposas que entre flores aletean;
en los cielos azulados, pasajeras nubes blancas;
hostia mística en los cálices
que en el templo se consumen;
apagados resplandores en el mármol de la estatua,
y en los días luctuosos del invierno taciturno,
blancos copos de la nieve que descende
silenciosa, solitaria!

Nos abrimos, al incendio de unos labios fabricientes,
en los senos palpitantes y desnudos
de la joven desposada,
y a la virgen que agoniza de ternuras y de olvidos
le servimos de mortaja...!

Ven, poeta,
y corona con nosotros los cabellos
opulentos de tu amada...!»

Y el Poeta
y su musa favorita, atraviesan el sendero, sin pararse,
con los labios sonrientes y las manos enlazadas.

Así cantan los laureles:
«Nos alzamos en las cumbres,

donde anida el Sol y el águila
y palpitan las estrellas fulgurantes de la Gloria.

En las rojas epopeyas somos palmas
que arcos tejen cuando alegres,
entre vítores y aplausos,
relinchando los corceles, y desnudas las espadas,
los guerreros victoriosos
en tropel cantando vuelven de los campos de batalla.

Alentamos en el Circo la agonía de los mártires
devorados por las fieras. Coronamos las estatuas
vencedoras del Olvido,
y en la frente de los nobles paladines
florece como triunfo de inmortales esmeraldas!

Son eternos nuestros éxtasis gloriosos...
El mar besa con sus olas rumorosas nuestras plantas,
y los rudos huracanes,
que deshojan las florestas, acarician
con sus dedos temblorosos
nuestra verde cabellera destrenzada!

Ven, poeta,
y eterniza con un rano de laureles
la hermosura pasajera de tu amada...»

Y el Poeta
y su musa favorita, atraviesan el sendero, sin pararse,
con los labios sonrientes y las manos enlazadas...

Así cantan las adelfas:
«Nuestras flores son sangrientas,
como carnes desgarradas
a mordiscos lujuriosos.
Florece con la fiebre...

Entonamos con el hacha
reluciente del verdugo, la epopeya de la sangre...

Somos copas de diabólicos ensueños, cinceladas
en el cráneo de las brujas, donde vierten su ponzoña
las serpientes del Delirio...,
las serpientes que enrojecen nuestras almas...

Alumbramos los oscuros calabozos,
donde ruge la Locura,
y las celdas solitarias,
donde, en místicos espasmos, las histéricas novicias,
de lujuria se embriagan
con la sangre de los Cristos...

Ven, poeta,
y corona con nosotros la cabeza soñadora de tu amada...»

Y el Poeta
y su musa favorita, se pararon un instante...

En la negra cabellera de la virgen triste y pálida
florecieron las adelfas...

.....

El jardín de la Esperanza
alumbraron los relámpagos de locuras y de fiebres.

.....

Los claveles, los jazmines, los laureles,
las adelfas, se agitaron;
y sus hojas, arrastradas
por la brisa gemebunda de la tarde que moría,
se perdieron para siempre por las sendas solitarias
lentamente, lentamente, como frágiles visiones
de un ensueño misterioso que se esfuma en la distancia...

.....

En el lánguido martirio de oro y púrpura,
el crepúsculo moría... Suspiraban
temblorosas las adelfas.

Y al empuje de los vientos, las simbólicas granadas,
como lágrimas de sangre, sobre el suelo gris y húmedo
sus rubies desgranaban...

Medioeval

A ANGEL GUERRA

Bajo el dosel de púrpura, que el sol poniente besa,
con sus dedos de nieve, la pálida princesa

el azahar de una margarita deshoja,
y tras los almos cisnes de sus sueños, arroja

—halcón con garras vírgenes—su enferma Fantasía,
que se pierde en las brumas de la Melancolía.

Es bella y dolorosa. Parece la Quimera
de amor que un pincel místico trazó en la vidriera

de la claustral ojiva. En la cándida aurora
de sus ojos, un ángel nostalgias de Azul Hora.

En sus albas mejillas hay sangrientos martirios
de rosas. Palidecen en su mano los lirios...

Bajo el trono se enroscan bufones y lebreles.
En la liza piafan los fogosos corceles,

que, impacientes, escarban con sus cascos la arena...
La trompeta de oro del Heraldo resuena.

Alzadas las viseras, desnudos los aceros,
invaden el palenque los bravos caballeros

que a enamorar vinieron, de lejanos países,
a la blanca princesa gemela de los lises...

Entre jóvenes pajes, que le sirven de corte,
llega Lohengrin, el rubio caballero del Norte.

De su casco brillante sobre el oro bruñido,
el alma de los cisnes las alas ha extendido,

y el Amor en su escudo a recitar se atreve
una canción de lirios sobre un campo de nieve.

En un corcel alado, más rojo que el Deseo,
cabalga la romántica figura de Romeo.

En su fulgente casco de plata, brilla inquieta
la rubia cabellera de la ideal Julieta;

y en su escudo, que sangre de claveles colora,
agoniza la alondra en un beso de Aurora.

Rugiendo de coraje, como león en celo,
sobre un corcel de Arabia la lanza esgrime Otelo.

Está de celos loco... Está de espanto mudo,
y en la profunda noche que circunda el escudo,

con un arpón clavado en la nieve del anca,
bañada en sangre expira una gacela blanca...

.

Vibró el trueno de oro de lejanos clarines.
Temblaron en sus sillas los bravos paladines.

Y tras negro escudero que sus hazañas nombra,
en un corcel salvaje que apacentó la Sombra,

calada la visera, y desnudo el acero,
penetra en el palenque un Negro Caballero.

Sobre el casco abre el cuervo las alas tenebrosas,
y en su escudo aletean dos negras mariposas...

Al Negro Caballero vencedor proclamaron.
En los amplios salones del palacio brillaron

las joyas y las ricas armaduras de oro.
Rima cantos nupciales el órgano sonoro;

junto al tálamo regio de azahares y rosas,
los amantes enlazan sus manos temblorosas.

«¡Mirar tu rostro ansío...! ¡Besar tus labios quiero!»,
murmuró la princesa. Y el negro Caballero,

con ruda mano, alzóse de pronto la visera...
¡Y floreció la risa en una Calavera...!

Flores de Ensueño

A MANUEL DÍAZ RODRÍGUEZ

Con las manos cruzadas sobre el pecho,
entre nubes de encaje mal velado,
por el tibio alabastro de los hombros
los flotantes cabellos destrenzados,
pálida como mística azucena
que se marchita en el jardín del claustro,
la virgen duerme. Oculto entre la púrpura
del rico lecho de marfil y sándalo,
el Ángel del Pudor vela su sueño,
con el índice puesto sobre el labio.

Ensueño azul: El Hada de la Dicha
desciende de los cielos en su carro
—un gigantesco carro de magnolia
por dos gallardos cínifes tirado—
y la conduce a los floridos bosques
del misterioso reino del Encanto.

Allí florecen lirios, que son rostros
de rubios serafines; en sus lagos
eternamente azules, bogan cisnes

de nieve y de ilusión; rima sus cantos
el ruiseñor en la frondosa orilla;
los cien ojos floridos de su manto
abre el pavo real con regia pompa;
y en medio del jardín alza un palacio
sus altos muros de marfil y oro,
por dragones de fuego custodiados,
donde las magas del Amor preparan
sus venenosos filtros encantados,
y las princesas de los viejos cuentos
mueven la rueca su cariño hilando.

Ensueño rojo: En el jardín de Marta,
a la luz moribunda del ocaso,
contempla los fulgores que despiden
las ricas joyas del collar de Fausto.

Y siente que sus párpados se cierran
y los besos florecen en sus labios...

Y ve como entreabre su corola
a las brascas caricias de un abrazo
—hostia sagrada en el altar de Venus—
un misterioso lirio ensangrentado...

Con las manos cruzadas sobre el pecho,
entre nubes de encaje mal velado,
por el tibio alabastro de los hombros
los flotantes cabellos destrenzados,
pálida como mística azucena
que se marchita on el jardín del claustro,
dormida está. De pie en la cabecera
del rico lecho de marfil y sándalo,
descorriendo el purpúreo cortinaje,
Satanás ríe; y, a sus pies postrado,
el Angel del Pudor suspira y llora,
con la cabeza oculta entre las manos.

Epitalamio

A LUIS BERISO

A las luces espectrales de las pálidas auroras,
recitando misteriosas letanías,
por el bosque van pasando las simbólicas Teorías
de las Horas.

Enlazadas de las manos, cruzan lentas
cual fantasma sepulcrales que caminan al Osario.

Gime el viento entre los pliegues
de sus túnicas sangrientas.
Lanza el buho en los cipreses su responso funerario.

Doblan roncadas las campanas en su cárcel de granito,
y a sus ecos moribundos que se apagan en la bruma,
la cadena de fantasmas en el gris del infinito,
en las tenues palideces de las nébulas se esfuma.

Sólo queda bajo el palio de un naranjo florecido
una virgen, que, piadosa,
con las manos enlazadas mira al cielo.

Con jazmines y con nieve, los ensueños han tejido
la blancura deslumbrante de su túnica y su velo.

De sus lánguidas pupilas, la purpúrea luz evoca
el incendio del crepúsculo que ensangrienta los rosales;
y la sangre que enrojece los claveles de su boca,
canta el triunfo de las rosas en los tálamos nupciales.

Al mirarme solo y triste con la cruz de mis dolores
en la cumbre del Olvido,
la Hora Blanca se aproxima...

Me sostiene entre sus brazos, y a mi oído
canta el dulce Epitalamio de sus líricos amores.

En mis brazos de su carne siento el peso...
Nuestros cuerpos funde el lazo
de un abrazo...
Nuestras almas liga un beso...

Fué un instante. Nuevamente
se acercaron las simbólicas Teorías,
y a su hermana fugitiva,
silenciosas, arrastraron en su rápida cadena,
y bebiendo con mis lágrimas la amargura de mi pena,
vi los pliegues de su túnica
esfumarse entre las sombras de confusas lejanías!

Paisaje de Sombra

A PEDRO GONZÁLEZ BLANCO

Las sombras invaden las verdes glorietas...
Se van esfumando las sendas floridas...
¡Es la hora santa en que los poetas
van a cortar rosas a sus prometidas...!

El bosque atraviesan senderos y brumas.
En las balaustradas de mármol, triunfales,
abren su abanico de flores y plumas
y anuncian la noche los pavos reales...

La luna de plata nieva lentamente
sus últimos rayos, y oculta entre flores,
con voz de suspiros, comenta la fuente
las viejas leyendas de viejos amores.

En el verde estanque de lotos bordado
se refleja el cielo; las ondas suspiran;
enarcan los cisnes su cuello nevado,
y augures murciélagos fatídicos giran.

Del noble palacio las altas ventanas
encendidas brillan entre la espesura,
como titilantes estrellas lejanas
que arden en el fondo de la noche oscura...

La hora se aproxima... ¡Párate, viajero!
¡No ves una sombra que entre la enramada,
negra y misteriosa, sigue tu sendero,
siempre pensativa y siempre callada...?

Se agranda en el bosque; se encoge medrosa;
bórrase en los árboles del parque vecino,
pero surge luego, lenta y temblorosa,
¡y siempre a tu lado prosigue el camino!

En la niebla esfuma su contorno vago.
Contigo se para, contigo suspira,
y cuando diriges tus ojos al lago,
¡también en el fondo del lago se mira...!

Huye entre los árboles, veloz y encorvada.
La brisa parece su voz que te nombra...
Si a la luna cortas flores a tu amada,
¡también corta flores de sombra, la Sombra...!

Penetra en la calma del parque dormido
entre laberintos de negros rosales,
y al sentir su aroma, con un alarido
saludan su paso los pavos reales.

Las sombras invaden las verdes glorietas...
Se van esfumando las sendas floridas...
¡Es la hora santa en que los poetas
van a cortar rosas a sus prometidas...!

Los murciélagos

A PEDRO CÉSAR DOMINICI

De la tarde que moría
a los cárdenos reflejos,
lentamente caminabas, deshojando margaritas,
por la senda que perfuman los floridos limoneros.

¿No te acuerdas...? De repente, temblorosa,
abrazándote a mi cuello:
—¡Mira, mira—murmuraste,
en el nudo de mis brazos de terror desfalleciendo—
cómo en torno de las flores
giran locos los murciélagos...!

.....

Y en las sombras que avanzaban, las luciérnagas,
como cirios sepulcrales, se encendieron...

Y doblaron lentamente las campanas
con el fúnebre gemido de su acento...

Y las lámparas se apagan...
 Y profanan el silencio
 de las bóvedas sombrías
 las siniestras carcajadas del hereje
 y las roncadas maldiciones del blasfemo...

A los últimos fulgores de la tarde moribunda
 aparecen los murciélagos...
 Son suspiros que se escapan de los labios de la sombra...
 Viven sólo en los sepulcros del ruinoso cementerio...
 Se alimentan con los lívidos gusanos
 que devoran a las vírgenes...
 Se emborrachan con la sangre coagulada de los muertos...

Al contacto de sus alas, los rosales se estremecen,
 y las rosas, con el llanto luminoso de sus pétalos,
 ensangrientan las mortales palideces del crepúsculo,
 que al son ronco de las fúnebres campanas,
 lentamente va muriendo...

¡Oh, amarguras infinitas...!
 ¡Oh, recónditos pesares...! ¡Oh, murciélagos!

Vuestras alas oscurecen los fulgores de las lámparas
 que iluminan los altares melancólicos del templo,
 donde, exangüe, coronado de nostalgias y de espinas,
 muere el Cristo, triste y pálido,
 de mi loco pensamiento...!

Anidasteis en la tumba de mis muertas ilusiones.
 Vuestro fúnebre contacto ha dejado sin un cáliz
 el rosal de mis Ensueños;
 y en las hondas sepulturas,
 donde yacen enterrados mis recuerdos,
 se enrojece vuestro hocico,
 vuestro hocico repugnante de vampiros,
 con la sangre coagulada de mis muertos...

Neuróticas

A JULIO PELLICER

I

En la copa de Venus fulgura,
sangre de claveles y alma de rubies,
la divina embriaguez de los sátiros,
el vino purpúreo que escancian las vírgenes.

Sobre el lago vuelan,
en un sueño de nieve, los cisnes,
los cándidos cisnes, ebrios de azahares...
Y al pie de la Esfinge
del Amor eterno,
busto femenino con garras de tigre,
los labios lascivos
de Afrodita, rien.

.....
¡Ya no hay vino de amor en las copas...!
Sobre el lago los cisnes no juegan...

El alma sombría del lúgubre Otoño,
entre los marchitos rosales se queja...

Una blanca visión temblorosa,
a través de la obscura arboleda,
en el viejo jardín encantado,
como un rayo de luna penetra...

.

¡Oh, mi pálida virgen, la Musa
de mis viejas canciones, no vengas
a apagar en mis brazos tu fiebre,
porque ya no queda
ni una gota de llanto en mis ojos,
ni una gota de sangre en mis venas!

II

La frente entre las manos,
los codos en la mesa,
mientras sus camaradas, ebrios, gritan,
el poeta recuerda.

Se quiebran copas en honor del Arte,
y las pipas románticas humean.

Llora un viejo piano
la muerte de la tísica Bohemia,
y el poeta, callado, en su amargura
levanta lentamente la cabeza;
sobre la enferma palidez del rostro
arroja negras sombras la meleña...

Y en la copa, la musa del ajenjo,
abre sus ojos de esmeraldas muertas,
y en sus labios le ofrece un venenoso
olvido de embriaguez para sus penas!

III

¡Oh, mi alma, mi alma es un lirio,
es un lirio de amor, todo blanco,
que al altar de una virgen ofrece
en sus pálidos dedos un santo!

¡Y mi carne—deseos y vicios—
es un lirio sangriento y morado,
que se inclina sin vida, marchito,
sobre el agua de un verde pantano!

SONETOS

A GREGORIO MARTÍNEZ SIERRA

Paisaje interior

Cual sol en los cielos, entreabre el delirio
su enorme pupila torva y sanguinaria;
y en la roja tarde vaga solitaria
el alma marchita del cárdeno lirio.

Lenta nube vierte sangre de martirio;
el ciprés eleva su negra plegaria,
y enciende en el cáliz de la pasionaria,
lívida luciérnaga, fantástico cirio.

Sollozan los vientos. En lagos de llanto,
los cisnes heridos apagan su canto.
Sobre las palomas vuelan los neblíes,

y entre las adelfas alza lentamente
su verde cabeza la Eterna Serpiente
de escamas de oro y ojos de rubies.

Los Cruzados de Thule

Son los Cristos que enrojecen los laureles del Calvario
con la púrpura triunfante de su sangre generosa;
rosas místicas que mueren en el seno de una hermosa,
mirra que arde entre las ascuas del simbólico incensario...!

Sañadores cenobitas que en el yermo solitario
con sus lágrimas fecundan una flora milagrosa;
argonautas que navegan en la noche silenciosa
tras el oro de un remoto vellocino imaginario...!

Son los cisnes que agonizan en el lago de los cielos,
peregrinos que caminan por la noche de los hielos...
Están ebrios de nostalgias. Su mirada entristecida,

hebe el rayo tembloroso que al morir la Luna vierte...
Marchan solos... Y se pierden por las sendas de la Vida,
en silencio dialogando con la sombra de la Muerte...

Crepúsculo místico

Los cipreses, dos hileras de monjes encapuchados,
con sus éxtasis vigilan los silencios de la casa,
y en los altos ventanales, los crepúsculos dorados
iluminan las imágenes con el oro de su brasa.

Suena el órgano en los claustros de pintadas vidrieras,
donde vagan las tristezas de las sombras monacales,
que extasiadas en un sueño de celestes primaveras,
olvidaron que florecen en el huerto los rosales.

¿Qué dolor, carnes reclusas, os cilicia y os flagela?
El vampiro del recuerdo, en las largas noches vuela,
y extenua nuestro cuerpo en las hoscas reclusiones...

«¡Miserere!», claman roncas vuestras voces en el coro,
mientras de las vidrieras en los altos rosetones
resplandecen las custodias del crepúsculo de oro...

Del Mes de María

Sube al alto cimborrio, con la niebla del incienso,
la litúrgica dulzura de los cánticos monjiles,
y escuchándola, sentado sobre vieja banca, pienso
que revive la poesía de mis sueños infantiles.

¡Cuántas veces, tras las rejas, sorprendiera mi mirada,
en un pálido semblante, la sonrisa de una boca,
cuyos labios se entreabrían, como lúbrica granada,
entre el lino blanco y trémulo de los velos y la toca!

Claros voces, claras voces que mi infancia perfumaron
con la flora azul y mística de los huertos celestiales...
¡Cuántas noches mis nostalgias infantiles despertaron!

¡Oh, la novia de mis sueños, blanca y rubia, que solía
contemplarme pensativa, a través de los vitrales;
de ojos tristes y profundos, cual los ojos de María...

¡Resurrección!

Sobre el mar de oro flotan, como nubes lejanas,
las velas palpitantes de las embarcaciones,
y saludan la hora de las Resurrecciones
con un sonoro escándalo de bronce de campanas.

El Sol arde glorioso... Silencio... El aire quema.
Señala el mediodía el viejo meridiano...
Sobre el papel, la pluma abandona la mano,
que ha acabado ya el último verso de su poema.

«¡Resurrección!», exclaman los broncees al oído...
¡Otra vez el divino milagro se ha cumplido!
Al son de las campanas, los ángeles abrieron

las losas funerarias de las tumbas desiertas...
¡Y volverán, de nuevo, a sonreír las muertas
sombras que en otra vida también nos sonrieron!

Silencio

¡El silencio! La Esfinge con el dedo en el labio..
Azahar inviolado de la frase no escrita..
La flor a quien consulta amores Margarita..
El libro donde siembra sus máximas el sabio..

El ensueño tranquilo del amor sin agravio..
Oración sin palabras de espectral cenóbita..
Majestad de la estatua... La tristeza infinita..
¡El Silencio...! La Esfinge con el dedo en el labio..

¡Oh, los reyes que duermen en las piedras tumbales!
¡Oh, las almas sufridas que se callan sus males...!
En la celda más triste del obscuro convento,

viejo monje contempla, silencioso e inerte,
sobre la vieja página de infolio amarillento,
el borroso esqueleto de la pálida Muerte...!

Parábolas

Fué una noche tenebrosa de Walpurgis.
A la tierra, cual mortaja, las tinieblas envolvían;
y los rojos cazadores del Infierno,
con sus gritos azuzaban las diabólicas jaurías
de los roncos huracanes, que, mugiendo
como búfalos fantásticos,
por la selva oscura y lóbrega de la noche se perdían.

En el báratro, las brujas
la urdimbre misteriosa de la vida,
con las cuerdas del ahorcado, con las llagas del leproso,
y la sangre venenosa de los lúgubres suicidas,
a compás de sus blasfemias,
como arañas monstruosas, enredaban y tejían...

Y entre nieves y entre escarchas,
saludado por los truenos,
a las luces del relámpago, abrió un niño las pupilas...

Fué un crepúsculo de Invierno.
 En el bosque gris y húmedo,
 lentamente la nevada, silenciosa, descendía.

Ya trajeron la mortaja. Sobre el negro catafalco,
 las violetas se deshojan y los cirios agonizan.

Cerca gimen los responsos... ¡En cerrar la negra caja,
 carpintero, date prisa!
 Las tinieblas avanzaron...

Y a los rayos mortecinos de la luna,
 como cirio agonizante combatido por los vientos,
 ante un huérfano enlutado, que solloza de rodillas
 abrazando una cruz negra, cruza lenta, silenciosa,
 despidiendo fuegos fatuos, una fúnebre Teoría.

.....

Ya llegó la Primavera...
 Nievan blancas mariposas los almendros.
 Hay arrullos de palomas en las ramas florecidas,
 y temblores de libélulas en los cálices abiertos.
 Bajo el palio perfumado de un naranjo, dos amantes,
 con las manos enlazadas, se contemplan en silencio...

¡Oh, las tímidas promesas de los labios juveniles,
 los callados juramentos
 que se pierden, como místicas palomas,
 en la risa luminosa de los cielos!
 Canta un ave en la espesura...
 El sol muere, como un Príncipe, en su lecho
 de oro y púrpura;
 y el naranjo, a la caricia lujuriosa de los vientos,
 vierte lluvia de azahares sobre el llanto de dos almas
 que agonizan abrazadas en el tálamo de un beso...

.....

Suenan bélicos clarines en el patio del castillo.
Un caballo de la Arabia, de impaciencia tasca el freno...

Campeón de la Locura,
a la lid marcha el guerrero.
En la cima de su casco tiembla el águila.
Las estrellas resplandecen en las bandas de su pecho.

Los heraldos van delante. Visten púrpura y brocado...
¡Son los versos
de la Gloria los que vibran triunfalmente,
como auríferos clarines en la arena del torneo!
Detrás marchan, coronados de laureles y de rosas,
los gallardos paladines...

Rubios pajes de la Reina del Ensueño...
Es de oro su armadura. Sus corceles son de nieve.
El Amor es su divisa. Su acicate es el Deseo.

.....

De las altas ojivales en los vidrios de colores,
temblorosa la alborada deja un beso
de oro y rosa. Vibra un órgano,
bajo el ritmo de los dedos
musicales de una pálida novicia
de ojos tristes y enlutados.

Ante el Cristo, silencioso, que agoniza en el madero,
hay dos novios, de rodillas,
con las manos enlazadas y los labios entreabiertos.

Vierte el cirio la tristeza de sus lágrimas de oro;
como flor mística, exhala sus perfumes el incienso,
y en el cáliz sacrosanto resplandece
la pureza inmaculada del Cordero.

.....

En la torre grazna el buho,
 y la luna, melancólica, deshoja
 la tristeza de sus rayos en la copa azul del cielo.
 Coronado de laureles,
 de la lid vuelve el guerrero.
 Sueña, sueña que le aguardan, entre rosas y azahares,
 unos brazos extendidos y unos labios entreabiertos...

.

Ebria el alma de amarguras,
 de rencores y venganzas,
 a la lid torna el guerrero

Cubre un pájaro fatídico la cimera de su casco.
 Es más negra su armadura que las alas de los cuervos.

Hay blasfemias infernales en su boca...
 Lloran sangre sus pupilas en silencio,
 y le siguen, cual famélicas jaurías,
 en caballos montaraces,
 cien legiones de diabólicos espectros...
 Van aullando negra historia de perfidias y de amores,
 de venganzas y de celos,
 y al oírlos en las noches tenebrosas,
 por las selvas solitarias,
 se estremecen y, asustados, se santiguan los viajeros...

Un extraño peregrino cruza el páramo...
 Ve una palma... Mas desprecia la frescura que le brinda.
 —¡No es tu sombra la que busco!—dice lúgubre y sombrío.
 Y de nuevo por la arena del desierto se encamina.

Cruza el valle, que embalsaman los jardines florecientes.
 Entre rosas, una virgen amorosa sonreía...
 Y el viajero, sin pararse, dice triste y melancólico:
 —¡La sonrisa que yo busco no es tu lúbrica sonrisa!

Sube al monte. Los señores del castillo: —¡Hon-
 nuestra mesa! ¡Pasa, y bebe una copa en nuestra orgía!
 Y el viajero, sin pararse, les responde tristemente:
 —¡Vuestra mesa no es mi mesa!
 ¡Vuestra copa no es la mía!

Huella el hielo de las cumbres.
 En la cima de un convento:
 —¡De Jesús —dicen los monjes— el apoyo solicita!
 —¡Vuestro credo no es mi credo!—les contesta el pe-
 [regrino.
 Y en silencio, por la nieve, lentamente se encamina.

.....
 Han pasado varios siglos. Y aun por valles y mon-
 [tañas,
 despreciando los consuelos y placeres que le brindan,
 va el viajero misterioso,
 lentamente, lentamente, caminando todavía...

DE « LA MUSA ENFERMA »

Miserere

A ALFONSO MONJE AVELLANEDA

¡Oh, enlutados y tristes romeros,
leprosos, mendigos, tullidos, poetas,
almas devoradas por todos los vicios,
carnes corroidas por todas las lepras...!
¡Recorred, entonando plegarias,
los caminos que van a la iglesia!

¡Dadme un fuerte bordón, peregrinos...!
Un apoyo, un sostén... Aunque sea,
¡oh, leproso!, tu mano deforme,
de sudor y de escamas cubierta!
¡Y arrastrando como una serpiente,
con el cuerpo pegado a la tierra,
seguiré vuestro lento desfile,
a través de las sombras eternas!

¡Tú conoces el tedio, tullido,
que en la noche caminas a tientas,
arrastrando el dolor de tu carne
y el terror de tu enferma conciencia!

¡Tú conoces el tedio...! Lo sientes,
como plomo, pesar en tus venas...
¡Paraliza tus miembros exangües,
y tu planta a la tierra sujeta!

¡Sigue, sigue, a la luz de los cirios,
los caminos que van a la iglesia...!
Besarás con tus labios piadosos,
del Dios Bueno, la mística enseña;
y dejando tu exvoto en el atrio,
tornarás limpio y sano a tu aldea,
al hogar apacible y alegre,
donde amante la esposa te espera,
y los hijos, tendidos los brazos,
con sus risas celebran la vuelta!

¡Oh, leproso de piel de serpiente
y feroces pupilas de hiena,
que a través de los largos caminos
vas aullando tus trágicas penas!

¡Tú conoces los hondos dolores
que devoran las almas enfermas!
Tus hidrópicas manos hinchadas
—¡más que manos, son zarpas de fiera!—
manan sangre al contacto del báculo,
y al calor de los cirios chirrean;
y tus pies purulentos y negros
entrojecen las lóbregas sendas...

Con la fiebre rechinan tus dientes,
y tu carne, podrida y sangrienta,
se deshace a jirones, roída
por el diente voraz de la lepra...

¡Sigue, sigue, cantando en la sombra,
los caminos que van a la iglesia!

Al pasar los umbrales del templo,
besarás, prosternado, la tierra;
te hundirás en las aguas lustrales
y ahogarás tus miserias en ellas...!

Y, ya libre del mal, sonriente
volverás a tu hogar, donde trémula,
coronada de flores nupciales,
tu ideal prometida te espera!

¡Entonando piadosas plegarias,
negras sombras de inmensas tristezas,
proseguid, a la luz de los cirios,
los caminos que van a la iglesia...!
¡Recorred las campiñas dormidas
y las tristes ciudades desiertas!

Brilla el alba; y en el santuario,
que aun en velos envuelven las nieblas,
las campanas, de júbilo locas,
repicando convocan a fiesta...!

Al compás de los sonos del órgano
que en las bóvedas santas resuena,
el Vicario, luciendo entre cirios
la bordada casulla de seda,
la blancura inmortal de la hostia
en sus dedos ungidos eleva...!

¡Penetrad entonando plegarias,
leprosos, tullidos, mendigos, poetas...!
Yo, al miraros salir, silencioso,
como estatua yacente a la puerta,
implorando una santa limosna,
tenderé tembloroso mi diestra,
¡donde aun sangran los clavos de hierro
que a la cruz la tuvieron sujeta!

EL ALTO DE LOS BOHEMIOS

Preludio interior

A SILVIO REBELLO

Yo en un edén de amores quiméricos vivía,
cuando con su lenguaje tentador y elocuente,
enroscada en el árbol, me indujo la serpiente
a morder las manzanas de la sabiduría.

Fuí de la tierra esclavo. Su liviana armonía
dió a mis lascivos cantos la maliciosa fuente,
y en los surcos estériles malogré la simiente
de todo lo que dentro de mi sér florecía!

Huiré solo, al desierto. Viviré en mi caverna,
a los pies de mi alma, la atormentada eterna;
y mientras ella, dócil, mi negra historia olvida,

yo encerraré en un libro los recuerdos dispersos,
¡y en vez de unir mi vida al ritmo de mis versos,
ajustaré mis versos al ritmo de mi vida!

El alto de los bohemios

A ANTONIO MACHADO

La lámpara esparce sus tenues fulgores;
y ágil y nerviosa, tu pálida mano,
un canto, que evoca remotos amores,
despierta en las teclas del viejo piano.

Un himno de alondras saluda a la aurora;
surgen los preludios de la serenata;
vuelan hojas secas, y una fuente llora,
monótona y trémula, lágrimas de plata.

Vibran las esquilas; ladran los lebreles;
a fiesta convoca la alegre campana;
y entre panderetas y entre cascabeles,
se acercan las músicas de una caravana...

¡Adustos bohemios, reyes andrajosos,
que cruzáis del mundo los vastos confines,
siempre pensativos, tristes y ojerosos,
sollozando amores en vuestros violines...!

¡Parad un instante bajo mi ventana,
y con vuestros cantos calmad mi amargura,
que quiero mostrarte mi mano, gitana,
para que me digas la buenaventura!

¡Adiós para siempre, rostros macilentos,
barbas desgreñadas, ojos asesinos...!
¡Vuestro último canto se llevan los vientos
con las hojas secas por esos caminos!

¡Pálida bohemia, errante adivina,
que hoy gimes amores bajo mi ventana...!
Dime, eco ligero, fugaz golondrina:
¿Bajo qué balcones gemirás mañana...?

¿Dónde vas, inquieta y hábil tañedora
del arpa que vibra doliente en mi reja...?
¡Hay algo en mi alma que suspira y llora,
y que con el eco de tu voz se aleja!

Cabellos de oro, perfil vacilante,
labios enfermizos, grandes ojos claros
donde mi esperanza contemplé un instante,
¿junto a qué camino volveré a encontraros...?

La música errante se va lentamente,
como los rumores de una serenata,
y sólo se escucha la voz de la fuente
que muere en un hilo de trémula plata...

La sombra de las manos

A RAMÓN DEL VALLE-INCLÁN

¡Oh, enfermas manos ducales,
olorosas manos blancas...!

¡Qué pena me da miraros,
inmóviles y enlazadas,
entre los mustios jazmines
que cubren la negra caja!

¡Mano de marfil antiguo,
mano de ensueño y nostalgia,
hecha con rayos de luna
y palideces de nácar...!

¡Vuelve a suspirar amores
en las teclas olvidadas...!

¡Oh, piadosa mano mística...!
Fuiste bálsamo en la llaga
de los leprosos; peinaste
las guedejas desgredadas
de los pálidos poetas;
acariciaste la barba
florida de los apóstoles
y los viejos patriarcas;
y en las fiestas de la carne,
como una azucena, pálida,
quedaste en brazos de un beso,
de placer extenuada...!

¡Oh, manos arrepentidas...!
¡Oh, manos atormentadas...!

En vosotras han ardido
los carbones de la Gracia.

En vuestros dedos de nieve
soñó amores la esmeralda;
fulguraron los diamantes
como temblorosas lágrimas,
y entreabrieron los rubíes
sus pupilas escarlata.

Junto al tálamo florido,
en la noche epitalámica,
temblorosas desatasteis
de una virgen las sandalias.

¡Oh, mano exangüe, dormida
entre flores funerarias...!

Los ricos trajes de seda,
esperando tu llegada,

envejecen en las sombras
de la aldea solitaria...

En la argéntea rueca, donde
áureos ensueños hilabas,
hoy melancólicas tejen
sus tristezas arañas...

Abierto te espera el clave;
y sus teclas empolvadas
aun de tus pálidos dedos
las blancas señales guardan.

En el jardín, las palomas
están tristes y calladas,
con la cabeza escondida
bajo el candor de las alas...

Sobre la tumba, el poeta
inclina la frente pálida;
y sus pupilas vidriosas
en el fondo de la caja,
aun abiertas permanecen,
esperando tu llegada!

¡Blancas sombras, blancas sombras
de aquellas manos tan blancas,
que en las sendas florecidas
de mi juventud lozana,
deshojaron la impoluta
margarita de mi alma...!
¿Por qué oprimís en la noche,
como un dogal, mi garganta?

¡Blancas manos...! ¡Azucenas
por mis manos deshojadas...!

¿Por qué vuestras finas uñas
en mi corazón se clavan?

¡Oh, enfermas manos ducales,
olorosas manos blancas...!

¡Qué pena me da miraros,
inmóviles y enlazadas,
entre los mustios jazmines
que cubren la negra caja!

El jardín de los besos

Ya no cruzamos el jardín sombrío
por la estrecha avenida solitaria...

El cruel vampiro del Otoño absorbe
la sangre de las rosas deshojadas;
y en el fondo del parque, resbalando,
como caricias de sutiles alas,
el eco moribundo de tus besos
nuestros amores imposibles canta!

Y es tan doliente la canción, que el aire
tiembla medroso entre las mustias ramas;
las lechuzas, pupilas de la noche,
esconden la cabeza bajo el ala,
y la Luna, amarilla y temblorosa,
resbala en el azul como una lágrima!

¡Oh, tus alegres besos...! Han reído
en la nupcial alcoba solitaria,
en las augustas bóvedas del templo
y en los sangrientos campos de batalla!

¡Oh, tus piadosos besos...! Se han posado
en el seno de todas las desgracias,
en los labios de todas las heridas
y en la frente de todas las nostalgias!

¡Oh, la divina música armoniosa
de tus besos! Gorjea entre las ramas
del limonero en flor; lanza en la fuente
su penacho de frescas carcajadas;
como enjambre de risas aletea
en el rosal que alegra tu ventana;
duerme en el arco del violín; suspira
en la errante y nocturna serenata,
y en las blancas cortinas de mi lecho,
con perezosa lentitud resbala,
como rumor de encajes que se aleja
y en las alfombras del salón se apaga...!

La Luna muere en el azul... La brisa
se duerme temerosa entre las ramas;
y sólo turban el silencio fúnebre
de la obscura avenida solitaria,
los temblores del musgo, donde late
el misterioso corazón del agua!

La Bella Durmiente

A NILO FABRA

Siento en sueños que acerca a mi oído
el temblor de sus labios un hada,
y me anuncia el paraje escondido,
donde espera el Amor mi llegada.

Allí reina ideal Primavera;
es el viejo país encantado,
donde el solo monarca que impera
es un mago de manto estrellado.

Hay palacios de oro y diamantes,
y jardines en flor fabulosos,
que custodian dragones rampantes
y vigilan enanos celosos.

Entre flores de raras esencias,
silba el mirlo sus risas triunfales,
y se apagan lejanas cadencias
y alaridos de pavos reales.

Y en el fondo del parque, arrullada
por el claro cristal de la fuente,
con la rueda a los pies olvidada,
duerme y sueña mi Bella Durmiente...

Duerme y sueña feliz, cual si una
boca amante sus labios besara...
¡Se ha dormido el fulgor de la Luna
en la hostia de luz de su cara!

¿Quién hará, blanco lirio encantado,
que tu vida al amor se despierte...?
¿Será el beso nupcial del amado,
o el abrazo feroz de la muerte?

¡Quién tuviera la forma gallarda
de aquel héroe del lírico canto,
para ahogar al dragón que te guarda,
y romper, con mis besos, tu encanto!

Ríe el tiempo en su máscara loca;
y al arrullo fugaz de la fuente,
con la risa temblando en la boca,
duerme y sueña mi Bella Durmiente...

Flor del camino

El agua de tu ánfora, bella Samaritana,
bajo las tres palmeras del pozo me ofreciste.
Ardía el sol, cantaban las cigarras, y triste
perdíase a lo lejos la errante caravana.

Te pregunté quién eras. Y sonriendo ufana:
—¿Qué te importa mi nombre...? Soy el Amor—dijiste...
Y entre nubes de polvo, cantando, te perdiste
por las áridas sendas de la ciudad lejana.

Siempre que mi sed sacio, si gozo, es porque creo
que el agua de tus ánforas apaga mi deseo...
¡Oh, tú, la más piadosa de las consoladoras...!

¿Quién eres...? ¿Dónde fuiste...? ¡De tu imagen bendita
sólo el recuerdo guardo, como una flor marchita,
entre las viejas páginas de este libro de Horas!

Perfume antiguo

Abri con mano perezosa y trémula
el viejo estuche de oxidada plata,
y una esencia sutil de flores mustias
derramó sus perfumes por la estancia.

El otoñal crepúsculo bruñía
las nobles armaduras; arrancaba
relámpagos de sangre a los damascos;
temblaba en el cristal de las arañas,
y un incendio de púrpura fingía
en las antiguas lunas venecianas!

¡Tristeza de salones seculares...!
El viejo terciopelo tiene alma,
y al ondular se queja, recordando
historias y canciones olvidadas.

Sangran oro las pálidas molduras.
Crujen las sedas de los muebles... Hablan
de lejanos recuerdos; se refieren
sus últimos amores, en voz baja...

Y la leve patina de los siglos,
con un temblor de lágrimas empañá
los antiguos espejos, que semejan
verdes lagunas de dormidas aguas...

¡Oh, quimera imposible de mis sueños,
visión alucinante, visión blanca,
que desde el fondo obscuro de ese cuadro
me ofreces un amor sin esperanza...!

¡Oh, busto de marfil, donde la Muerte
borró los tonos de la Vida...! Grana
de los labios risueños, rosas frescas
de las dulces mejillas, esmeraldas
de los ojos ambiguos... ¡Todo ha muerto...!

¡Sólo el tiempo dejó la nota blanca...!
Nota blanca que turba solamente
el fulgor de un rubí, que entre las pálidas
camelias de tus manos, rojo imita
una gota de sangre coagulada!

Tarantela

A ANTONIO MARI

A las tímidas caricias
de una mano fina y pálida,
de una mano moribunda, que parece la de Cristo
de la cruz desenclavada,
en las teclas del harmonium despertaron, sollozantes,
de la antigua tarantela las cadencias olvidadas.

Y al compás de los acordes de la vieja melodía,
de sus lóbregos telares descendieron las arañas;
y en los altos campanarios salmodiaron al crepúsculo,
con sus bronce sepulcrales, las fatídicas campanas!

Las arañas son amigas de las ruinas. El cansancio
de sus lánguidas pupilas se refleja en la mirada;
y al andar, sus tardos pasos, tristes copian el desfile
de la errante caravana,

que soñando con las húmedas cisternas,
cruza, lenta y fatigosa, las llanuras solitarias!

¡Oh, poetas, tejedores silenciosos,
melancólicas arañas,
que en la red de vuestros versos
se entremezclan prisioneros
todos los sueños que cruzan el azul de nuestras almas!

¡Cantad lo móvil, lo errante,
lo que fugitivo pasa...!

¡Mejillas que enrojecieron
al chocar nuestras miradas;
ojos que de paso vimos
brillar tras una ventana...!

Fugitivas vibraciones, pasajeras melodías
de cantares y de besos y de músicas lejanas
que a la vuelta de un camino se perdieron para siempre
entre el eco de las fuentes y el murmullo de las ramas...
¿Dónde fueron vuestras notas...? ¿Bajo qué balcón florido
entonáis ahora, bohemios, vuestra errante serenata?

Triste canción, que una noche
de luna, gimiendo plácida,
detuvo mi paso errante
junto a una reja entornada...
¡Vuelve a turbar el reposo
de las calles solitarias!

Rojos violines de zíngaros
que evocásteis mis nostalgias
en aquella alegre tarde
de recuerdos y esperanzas...
¡Volved a gemir amores
debajo de mi ventana!

¡Oh, voz piadosa, voz trémula,
voz de cristal y de lágrimas...!
¿Por qué no alegran tus risas
el silencio de mi alma?

La blanca mano de Cristo desaparece en la sombra;
el harmonium gime, y calla;
y entre el oro del crepúsculo, una pálida bohemia,
debajo de mis balcones, cantando y bailando pasa,
y se pierde, con el lírico sollozar de los violines
a lo largo del sendero que perfuman las acacias...

En el aire hay un sonoro florecer de golondrinas;
y a compás del argentino repicar de las campanas,
en los blancos cortinajes de mi lecho solitario
—blando nido que deshizo el furor de la borrasca—
un poema de caricias y de amores fugitivos
en sus redes de oro tejen, temblorosas, las arañas...!

Paisaje

A RAMÓN SANCHEZ DIAZ

Un sol de plomo y púrpura incendia el firmamento...
El supremo cansancio... La llama infinita...
En un sopor de fiebre la atmósfera dormita,
y jadeante abrasa de la tierra el aliento!

¡Todo polvo...! Se duerme aletargado el viento...
Ni un pájaro gorjea, ni una rama se agita...
La nota agria y aguda de la cruz de una ermita
perturba del paisaje el tono amarillento.

Sólo alguna cigüeña, proyecta en la llanura
su móvil sombra rápida... Entre el polvo chispean
la punta de la lanza y el yelmo de Mambrino,

del ingenioso hidalgo de la Triste Figura;
y allá, lejos, cual brazos de un gigante, voltean,
con lenta pesadumbre, las aspas de un molino!

Octubre

A JOSÉ RIQUELME FLORES

Sólo un mirlo, burlón, silba en la copa
de un álamo que, tenue, mece el viento.
De pronto, una canción dulce y lejana
turba de las campiñas el silencio...

Son los vendimiadores. Ellas, rojas,
de pámpanos ceñidos los cabellos,
y temblando en las redes del corpiño,
las candidas palomas de los senos
vienen cantando el himno del Otoño,
con los brazos en alto, sosteniendo
sobre sus frentes, por el sol tostadas,
con gracia de caniforas, en cestos
de mimbre, los racimos donde hierve
la divina embriaguez del vino nuevo.
Ellos detrás, alegres y danzantes,

Mis mejores poesías.—11

atraviesan los húmedos senderos,
con la flauta en el labio, y temblorosos
sobre el registro los movibles dedos.
Cruzan hollando las marchitas hojas...
Entre rumor de risas y de besos
se pierden las cadencias de la música,
y en lentas gradaciones van muriendo...!

En los lejanos bosques llamearon
los resplandores de otoñal incendio;
y el humo de los últimos hogares
elevábase, rígido, a los cielos...
Una hoja seca palpitó en los aires;
entre las ramas onduló un momento,
y cual dorada mariposa herida,
alleteando descendió hasta el suelo!

Crepúsculo

A RICARDO CALVO

Los enamorados cruzan la floresta,
unidas las blancas manos temblorosas,
y triunfal recorre la ciudad en fiesta,
otoñal incendio de llameantes rosas.

Rumores de danzas alegran las plazas;
músicas bohemias pueblan los jardines,
y entre los rosales, sobre las terrazas,
un canto de amores gimen los violines...

Ligera armonía de notas inquietas
vuela en las campanas, vibra en los pianos,
ríe en el estruendo de las panderetas
y tiembla en las arpas de los saboyanos...

¡Sendas del crepúsculo, largas avenidas
que invitáis con vuestros misterios de nido,
a estrechar el talle de nuestras queridas
y a decirnos frases de amor, al oído;

en todas vosotras asistí a una cita...!
¡Conozco el paraje más bello y ameno,
y sé el banco rústico que, escondido, incita
a inclinar la frente sobre un blanco seno!

¡Horas del crepúsculo, que tristeza inspiran,
sois las predilectas de las almas locas...!
¡Entre vuestras sombras, los ojos se miran,
las manos se buscan y se unen las bocas!

Las brumas invaden los viejos jardines;
un rumor de danzas se extingue en las plazas,
y doliente y trémula, sobre las terrazas,
la nota postrera vibra en los violines...

En las calles solas, las primeras luces
entre las tinieblas arden temblorosas,
mientras de las torres, en las altas cruces,
deshoja el crepúsculo sus últimas rosas...

Nocturno

La noche tiende sobre el mundo muerto
su lóbrega mortaja.

Surgen negras serpientes del abismo;
ascienden por las ásperas montañas;
ruedan al valle; cruzan los senderos;
lentas invaden la ciudad; resbalan
por los muros, se enroscan a los árboles,
y en los verdes juncuales del pantano
asoman la cabeza, y, asombradas,
permanecen inmóviles, mirándose
en el profundo espejo de las aguas!

¡Es la hora negra del dolor...! La cita
de las almas que viven separadas
por una eternidad. Tiembla en los muros
la sombra de un murciélago que pasa.

¡Ya no hay recuerdos del ayer...! Mis labios
no secan la amargura de tus lágrimas,
ni oigo tu voz, desfalleciente y trémula,
que en la incoherencia del placer me llama.

¡Tan sólo en el silencio, al apagarse
los últimos fulgores de mi lámpara,
aun parece que escucho el ruido, tenue
como rumor de seda acariciada,
que producen tus manos inexpertas
al desatar, temblando, tus sandalias!

Canción de Otoño

A CRISTÓBAL DE CASTRO

De los montes descienden las nieblas,
como sombras que bajan del cielo.

Cantelosas avanzan temblando
por los húmedos campos desiertos;
se apoderan de todas las cimas;
se deslizan por todos los huecos;
las florestas invaden, y asaltan
el audaz campanario del templo,
y en las altas veletas despliegan
su triunfante bandera a los vientos.

Unas, fingen castillos fantásticos;
otras, luchas de monstruos quiméricos;
y las hay tan fugaces y pálidas,
que semejan desfile de muertos...

¿Dónde vais, vagas sombras, perdidas
en los giros volubles del viento...?
¿Dónde han ido mis viejos amores...?
¿Quiénes fieles y amantes me fueron...?

¡Tú, la blanca de trenzas de oro,
que iluminan del sol los reflejos,
fuiste el símbolo puro y alegre
de mis castos amores primeros!

¡Oh, morena de lúbricos ojos,
ha temblado en mis brazos tu cuerpo,
y en el rojo clavel de tu boca
se ha embriagado mi boca de besos!

¡Enlutada de pálido rostro,
entre cirios y flores de almendro,
yo he deshecho la cruz de tus manos
y he cerrado tus ojos abiertos...!

De repente fulgura el relámpago;
se oye el ronco rugido del trueno;
y las nieblas, confusas y trémulas,
de las lívidas luces huyendo,
se deshacen en lluvia de lágrimas
en la calma profunda del cielo!

La canción del hogar

A MAYER GARCÍA

I

Olvidaremos el pasado. Huiremos
cuando la noche llegue;
cuando reine la sombra, y no se vean
blanquear las paredes
del hogar, ni los cantos de la esposa
entre las flores del jardín resuenen.

II

Cruzaremos la cumbre solitaria
de las nieves perennes...

—¿Dónde vas, ¡oh, viajero!, entre las sombras
de la noche solemne?

¿Dónde vas...? El nublado se aproxima,
la tempestad se cierne,
y el lobo, aullando, sigue
la huella de tus pasos en la nieve!
—nos dirán los pastores, sujetando
al mastín, que gruñendo sordamente,
en el dintel de la cabaña, enseña
la lívida blancura de sus dientes.

III

Despertarán nuestros piafantes potros
a la ciudad, que en las tinieblas duerme.

—¿Dónde vas, caminante? Brama el trueno.
Nieva... La luz del rayo resplandece...
No hay posada, y borrarón los caminos
las aguas desbordantes del torrente!
—dirá el hombre del llano; y mientras, cauto,
para vernos mejor, la luz eleve,
por la entreabierta puerta miraremos
el santo hogar y la fogata alegre,
la limpia alcoba y el nevado lecho,
donde una virgen, esperando, duerme...

IV

Cruzaremos jardines encantados
y desiertos estériles.

—¿Dónde vas, pasajero taciturno?
¡Silban en el camino las serpientes;
ruge el león, y acecha en los pantanos
la insaciable pantera de la fiebre!
—exclamará el errante beduino,

sujetando, al pasar, nuestros corceles.
Y bajo el lino de la blanca herida,
entre esquilas y claros cascabeles
de camellos, oiremos las canciones
con que al hogar celebran sus mujeres.

V

Pisaremos la playa, y fletaremos
la embarcación más débil.

—¿Dónde vas, marinero temerario?
¡El mar, ronco de rabia, se estremece,
y sobre el dorso de las olas chocan
los tiburones sus voraces dientes!
—nos gritarán los viejos pescadores,
desde la humilde choza, mientras tejen
en torno del hogar, junto a los hijos,
la destrenzada urdimbre de sus redes.

VI

En la ligera embarcación, iremos
donde el capricho de la mar nos lleve,
y entre el rugir del viento y de las olas,
a todo amor humano indiferentes,
náufragos del hogar, entonaremos
nuestros epitalamios a la Muerte!

Rapsodia

A MANUEL CARDIA

¡Es la Vida tan árida...! ¡Es tan triste la Vida,
que no vale la pena de esperar la partida...!

¡De esperar la partida del barco amarillento,
donde la Muerte arroja sus cenizas al viento...!

¡Alma mía, no llores! ¡Está franca la puerta
que conduce al ensueño! En la playa desierta

no hay manos cariñosas que agiten el pañuelo,
ni pupilas amantes que interroguen al cielo,

pidiendo a Dios clemencia, llorando tu partida...
¡Abandona las playas donde queda la Vida...!

¿Qué te dejas en ella...? El sepulcro entreabierto
de tus locas quimeras, la aridez del desierto...

La carne es el martirio del amor... (El veneno
del áspid, a quien dimos calor en nuestro seno.)

Su beso muerde. Ahoga su abrazo de pantera.
Se bebe nuestra sangre con avaricia fiera,

y cuando entre sus garras se agota nuestro brío,
nos arroja a las bestias feroces del hastío.

En brazos de la carne morir de amores quiero...
¡Oh, espasmo fugitivo del goce pasajero...!

¿Por qué no ahogas al triste que en tus senos olvida,
por un instante, el tedio profundo de la Vida...?

Es la gloria espejismo del desierto del mundo;
áncora a que se acoge el nauta moribundo;

inscripción dolorosa que el sacrificio indica;
la cruz donde el escarnio al genio crucifica...

La senda está poblada de víboras y abrojos...
¡De tanto llorar ciegan los soñadores ojos

que elevan sus miradas, con honda pesadumbre,
sintiendo las nostalgias de la gloriosa cumbre!

Nada te liga al puerto de la Vida, alma mía...
En los mares se apaga el incendio del día;

los tripulantes cantan, y misterioso viento
hincha las rojas velas del barco amarillento...

¿Qué importan los dolores de la cruel partida?
¿Qué importa que se quede, sonriendo, la Vida,

a los pocos placeres, en la estéril ribera
del mundo, si a lo lejos, amante nos espera,

coronada de estrellas, de eternidad vestida,
con los brazos abiertos, nuestra fiel Prometida?

Renacimiento

A MANUEL REINA

El ritmo, el gran rebelde, me rinde vasallaje;
y cuando quiero, ríe; y cuando quiero, vuela;
y he domado a mi estilo, como a un potro salvaje,
a veces con el látigo, y a veces con la espuela.

Conozco los secretos del alma del paisaje,
y sé lo que entristece, y sé lo que consuela;
y el viento traicionero y el bárbaro oleaje
conocen la invencible firmeza de mi vela.

Amo los lirios místicos y las rosas carnales,
la luz y las tinieblas, la pena y la alegría,
los ayes de las víctimas y los himnos triunfales...

¡Y es el eterno y único ensueño de mi estilo,
la encarnación del alma cristiana de María
en el mármol pagano de la Venus de Milo!

Pan

A M. GIGES APARICIO

Soy un alma pagana. Adoro al Dios bifronte,
y persigo a las ninfas por las verdes florestas;
y me gusta embriagarme, en mis líricas fiestas,
con vino de las viñas del viejo Anacreonte.

¡Que incendie un sol de púrpura, de nuevo, el hori-
[zonte;
que canten las cigarras en las cálidas siestas,
y que las ninfas dancen al son del sistro, expuestas
al violador abrazo de los faunos del monte!

¡Oh, viejo Pan lascivo...! ¡Yo sigo la armonía
de tus pies, cuando danzas....! ¡Por ti amo la alegría,
y a las desnudas ninfas persigo por el prado...!

¡Tus alegres canciones disipan mi tristeza;
y la flauta de caña que tañes, me ha iniciado
en todos los misterios de la eterna Belleza!

Histórica

A GUILLERMO VALENCIA

Enferma de nostalgias la ardiente cortesana,
al rojizo crepúsculo que incendia el aposento,
su anhelo lanza al aire, como un halcón hambriento,
tras la ideal paloma de una Thule lejana.

Sueña con los ergástulos de la Roma pagana;
cruzar desnuda el Coso, con el cabello al viento;
y embriagarse de amores, en el Circo sangriento,
con el vino purpúreo de la vendimia humana.

Sueña... Un león celoso, veloz salta a la arena,
ensangrentando el oro de su rubia melena.
Abre las rojas fauces... A la bacante mira...

Salta sobre sus pechos; a su cuerpo se abraza...
¡Y ella, mientras la fiera sus carnes despedaza,
los párpados entorna..., y sonriendo expira!

Mis mejores poesías.—12

Ave, Femina

Te vi muerta en la luna de un espejo encantado.
Has sido en todos tiempos Elena y Margarita.
En tu rostro florecen las rosas de Afrodita,
y en tu seno las blancas magnolias del Pecado.

Por ti mares de sangre los hombres han llorado.
El fuego de tus ojos al sacrilegio incita,
y la eterna sonrisa de tu boca maldita,
de pálidos suicidas al Infierno ha poblado.

¡Oh, encanto irresistible de la eterna Lujuria!
Tienes cuerpo de Angel y corazón de Furia,
y el áspid, en tus besos, su ponzoña destila...

Yo evoco tus amores en medio de mi pena...
¡Sansón, agonizante, se acuerda de Dalila,
y Cristo, en el Calvario, recuerda a Magdalena!

La sonrisa del fauno

A MANUEL MACHADO

Hay rosas que se abren en selvas misteriosas,
y mustias languidecen, nostálgicas de amores,
sin que haya quien aspire sus púdicos olores...
¡Hay almas que agonizan lo mismo que esas rosas!

Las mariposas tienden sus alas temblorosas,
y en una loca orgía de luces y colores,
ebrias de amor expiran en tálamos de flores...
¡Hay vidas que se acaban como esas mariposas!

—¡Oh, púdicas vestales! ¡Oh, locas meretrices!
¿Quiénes son más hermosas? ¿Quiénes son más felices?
—los hombres preguntaron, en una edad lejana,

a un Fauno que en las frondas oculto, sonreía...
Hace ya muchos siglos..., y, en la conciencia humana,
el Fauno, a esa pregunta, sonríe todavía!

Pagana

A ENRIQUE GÓMEZ CARRILLO

El cisne se acercó; trémula Leda
la mano hunde en la nieve del plumaje,
y se adormece el alma del paisaje
en un rojo crepúsculo de seda.

La onda azul, al morir, suspira queda;
gorjea un ruiseñor entre el ramaje,
y un toro, ebrio de amor, muge salvaje,
en la sombra nupcial de la arboleda.

Tendió el cisne la curva de su cuello,
y con el ala—cándido abanico—
acarició los senos y el cabello...

Leda dió un grito, y se quedó extasiada...
Y el cisne levantó, rojo, su pico,
como triunfal insignia ensangrentada!

Venus de Milo

A ANTONIO DE HOYOS

De la Grecia y de Italia, bajo los claros cielos,
en tu honor se entonaron los más dulces cantares,
y ofrendaron las vírgenes al pie de tus altares
las tórtolas más blancas y sus más ricos velos.

Hoy, triste y solitaria, en el parque sombrío,
carcomida y musgosa, los brazos mutilados,
bajo la pesadumbre de los cielos nublados,
el mármol de tu carne se estremece de frío.

¿Dónde se alzan ahora tus templos, Afrodita?
Ya la pánica flauta en los bosques no invita
a danzar a los sátiros danzas voluptuosas.

Ha huido la Alegría; ha muerto la Belleza...
No hay risas en los labios, y una inmensa tristeza
cubre, como un sudario, las almas y las cosas!

Vendimia

A RAMÓN GODOY

La tarde en los viñedos parpadea,
y en la embriaguez erótica del vino,
sobre algún seno virginal se arquea
el bronce de algún torso masculino.

Finge el aire la angustia de una queja;
y la tarde, en sus cárdenos crespones,
sobre el zafiro de la mar refleja
la sangre de las bruscas violaciones.

Y el viejo Pan, también ebrio de amores,
sopla, bajo sus dedos tembladores,
el caramillo, al borde del camino;

y hace danzar, entre sus patas fuertes
y lanudas, un raudó remolino
de hojas marchitas y de flores muertas!

La muerte del sátiro

AL CONDE D'ARNOSO

Llueve... En el viejo bosque de ramaje amarillo
y grises troncos húmedos que apenas mueve el viento,
bajo una encina un sátiro de rostro macilento,
canciones otoñales silba en su caramillo.

De vejez muere... Cruzan por sus ojos sin brillo
las sombras fugitivas de algún presentimiento,
y entre los dedos débiles, el rústico instrumento
sigue llorando un aire monótono y sencillo.

¡Es una triste música...! ¡Vieja canción que evoca
aquel beso primero que arrebató a la boca
de una ninfa, en el claro del bosque sorprendida...!

¡Su cuerpo vacilante se rinde bajo el peso
de la Muerte, y el último suspiro de su vida
tiembla, en el caramillo, como si fuese un beso!

Póstuma

A DIAS D'OLIVEIRA

¡Para cantar mi muerte quiero un verso pagano;
un verso que refleje la cándida tristeza
del azahar, que trémulo, deshoja su pureza,
a las blancas caricias de una tímida mano!

¡No amortajéis mi cuerpo con el sayal cristiano;
ceñid de rosas blancas mi juvenil cabeza,
y prestadme un sudario digno, por su riqueza,
de envolver a un fastuoso emperador romano!

¡Que abra la cruz sus brazos en negra catacumba!
¡Yo amo al sol —luz y vida—, y quiero que en mi tumba
broten, cual dulces versos, las más fragantes flores!

¡Y que al son de la flauta y del sistro, en la quieta
tarde, las locas vírgenes tejan danzas de amores
en torno de la estatua de su muerto poeta...!

Anacreóntica

A MARIO PINTO RIBEIRO

Para escanciar el vino de mi viña temprana,
Fidias, divino artífice, en marfil y oro puro
modeló fina copa, sobre el más blanco y duro
seno que sorprendiese jamás pupila humana.

Son dos ninfas en arco las asas de esa copa,
y en ella están grabados, entre vides y flores
y sátiros que acechan, los lúbricos amores
de Leda con el Cisne, y el Toro con Europa.

Amada, ¡bebe y bésame! Al destino no temas,
que al borde de la copa rebotante de gemas,
cincaló Anacreonte estos versos divinos,

cuyo ritmo el secreto de la existencia encierra:
«¡Bebe, ama y alégrate, mientras sobre la tierra
haya labios de rosas y perfumados vinos!»

Camafeo

Con el fervor de un lapidario antiguo,
quiero miniar, a solas y en secreto,
la tentación de tu perfil ambiguo
en las catorce gemas de un soneto.

Para nimbar tu tez blanca y severa,
a modo griego, cual real tesoro,
recogerá tu negra cabellera
sobre la nuca, un alfiler de oro.

En líneas escultóricas plegada
la túnica, e inmóvil la mirada,
con la clásica unción de las flautistas...

La siringa en el labio, y temblorosos
sobre el registro, en gestos armoniosos,
tus dedos enjoyados de amatistas!

La última elegía

¡Alma mía! ¡Soñemos con la estación florida!
Abril, lleno de rosas, a nuestro encuentro avanza...
¡El Arte será el último refugio de la Vida
cuando ya no tengamos ni en la Vida esperanza!

No aceptes de otras manos lo que yo pueda darte.
Siembra en tu propia tierra tus futuros laureles...
¡Haz de tus penas mármoles y de tu amor cinceles,
para elevar con ellos un monumento al Arte!

Teje nuestro sudario de mirtos y de flores.
Labremos un sarcófago digno, por su riqueza,
de encerrar las cenizas de dos emperadores.

Y cincela en su lápida nuestra última elegía:
«¡Aquí yacen dos almas que han muerto de tristeza,
llorando las nostalgias de su eterna alegría!»

RAPSODIAS

Ofertorio

En esas horas íntimas de gran recogimiento,
cuando escuchamos hasta girar agonizante
en torno de la lámpara que alumbra vacilante,
como una mariposa, un vago pensamiento;

cuando en la mano helada de una tristeza inmensa,
el corazón sentimos temblar, aprisionado,
con un latir medroso de pájaro asustado,
y el alma está en la pluma, sobre el papel suspensa;

cuando en el gran silencio nocturno se percibe
el hálito más tenue, el son más fugitivo,
y se funden en uno los cien ecos dispersos,

alguien dice a mi oído, con voz muy baja: «¡Escribe...!»
¡Y yo, entonces, llorando y sin saberlo, escribo
esas cosas tan tristes que algunos llaman versos!

Las niñas grises

El sol apagaba sus rojos fulgores,
tiñendo de rosas las cumbres lejanas,
cuando por el parque, cubierto de flores,
desfiló el cortejo de las hospicianas.

Iban lentamente, baja la cabeza,
con los ojos tímidos fijos en el suelo,
como si pidiesen para su tristeza,
a la Tierra madre, ternura y consuelo.

Caminaban mudas, graves y ojerosas,
en largas y grises hileras iguales;
y sus rostros pálidos semejaban rosas,
rosas amarillas de enfermos rosales.

Son aves de paso que cruzan la vida,
sin hallar un nido donde las esperen...
¡Triste es su llegada, triste es su partida,
y llorando nacen y llorando mueren!

En la noche nadie vigila su sueño.
Sólo cuando cierran los ojos dolientes,
baja el melancólico Angel del Ensueño,
separa sus rizos y besa sus frentes.

Viven en la sombra.. ¡Pálidas violetas
que en el negro fango del vicio crecieron...!
No se alegran nunca... ¡Besemos, poetas,
esos tristes labios que jamás rieron!

La amargura vela su mirada grave.
Son cuerpos de niñas con almas de ancianas...
Sigamos sus pasos con amor... ¿Quién sabe
si son nuestras hijas o nuestras hermanas...?

El eco del Angelus resuena a lo lejos.
Todas se arrodillan y rezan en coro,
y del sol poniente los vagos reflejos
envuelven sus sienes en nimbos de oro.

Mediodía

A MARIO RAPISARDI

Ciegos horizontes...
Humean los montes,
entre la calina
del sol. Una hoguera
de polvo es el llano...

El aire calcina...
En la carretera
el eje de un carro lejano
rechina...

Llanura desierta...
¡Pobre tierra muerta...!
Arido paisaje
sin sombras ni viento...

Sólo algún perdido
árbol retorcido
dobla su ramaje
seco y polvoriento...

Abrasa la planta
la fiebre del suelo.
Es de plomo el cielo...
La cigarra canta
su monotonía...

Bajo el sol ardiente
sueña el alma mía
—sola en el camino—
con el claro chorro del agua bullente
que salta espumosa
la fresca y umbrosa
presa del molino...!

Ciegos horizontes...
Humean los montes,
entre la calina
del sol. Una nube
de polvo es el llano...

El aire calcina...
En la carretera
el eje de un carro lejano
rechina...

Nieve

A FRANCESCO PASTOUCHI

Ni una brisa mueve
la yerta enramada...

La nieve
desciende callada
sobre la llanura...

Reina en la casita
—bajo la nevada—
la paz infinita
de una sepultura.

No turba la senda desierta
ni el vuelo de un ave...

Rechina una llave;
se entreabre una puerta;
y entre la neblina
gris de la mañana,
vibra la argentina
voz de una campana
lejana...

La nevada ciega...
Por aquel sendero,
temerosa llega
la visión que espero...

Y sobre el paisaje,
cubierto de bruma,
se pierde y se esfuma
lo blanco del traje.

Ni una brisa mueve
la yerba enramada...

La nieve
desciende callada
sobre la llanura...

Reina en la casita
—bajo la nevada—
la paz infinita
de una sepultura.

Samaritana

A EUGENIO DE CASTRO

¡Es tu amor tan lejano...! La blanca casa abierta
alegra la planicie desolada y desierta.

En las grises y áridas arenas del sendero
se hunden las polvorientas sandalias del viajero,

que, bajo un sol de plomo, camina torpemente,
soñando con la clara frescura de una fuente...

Las palmeras del pozo; la tarde; tu pequeño
jardín; todo aparece como a través de un sueño,

en el que tú, sentada al borde del camino,
ofreces, generosa, tu ánfora al peregrino,

que, apoyado en su báculo, lentamente camina
en busca de los místicos lirios de Palestina.

Tu voz es un recuerdo... —¡Entrad, hombre piadoso,
entrad...! Bajo mi techo encontraréis reposo...

Con bálsamo de Arabia, con preciados ungüentos,
yo curaré la herida de vuestros pies sangrientos...

Y de noche, desnudo el seno tembloroso,
ungida y perfumada como para un esposo,

entreabriendo la puerta os diré, pudorosa:
—¡Entra, amado! ¡Te espera en su lecho la esposa!—

¡Ya jamás volveremos a encontrarnos! Romero
de un ideal ignoto, marchó sin derrotero

por esa laberíntica senda, larga y oscura,
de la que no se vuelve jamás... Una Locura

me lleva de la mano, y me canta al oído,
para dormir mis penas, la canción del Olvido...

¡Sólo recuerdo un nombre de lánguida armonía;
una mano que tiembla, febril, entre la mía;

y una carita rosa, que, a la luz de la aurora,
al verme de camino, en la ventana llora!

Ahora, lentos y graves, cruzarán los senderos
áridos, caravanas de otros nuevos romeros,

que, mientras en los mares la luz del sol declina,
marchan, cantando salmos, hacia la Palestina.

¡Acaso tú, sentada al borde del sendero,
hilando los vellones de tu sueño postrero,

pienses en aquel pálido y extraño peregrino,
cuya larga silueta, más que ninguna, triste,

lentamente, a las luces de la mañana, viste
borrarse entre las nubes de polvo del camino!

La canción del regreso

A ABEL BOTELHO

La luz alborea...
Entre húmedas rosas
la casa blanquea...

Por sendas brumosas
se esfuman borrosas
siluetas.

Resuenan
confusos rumores
de voces lejanas...

Metálicas suenan
las claras campanas...

Entre nubes de polvo, desciende
un rebaño... Hiende
el espacio la alondra sonora,

Ladra un mastín, olfateando
los zarzales en flor del camino...
Canta una voz tímida, y una niña llora
entre el polvoroso frescor del molino...

¡Deténte, viajero!
¡Sacude tus viejas sandalias gastadas
en las piedras de tanto sendero
y entre el polvo de tantas jornadas...!

¡Estás en tu valle...! Contempla, a lo lejos,
de la aurora a los claros reflejos,
humeando tu hogar entre flores...

¿No llega a tu oído
en la brisa, un cantar conocido
que te evoca remotos amores?

Al mirarte cruzar la llanura,
el labriego su paso detiene...
Te saluda, y, muy quedo, murmura:
«¡Qué delgado y qué pálido viene!»

La casa despierta...
Abierta
se ve la ventana...

Y entre los doseles
de la enredadera,
una mano de nieve, ligera,
riega un tiesto de rojos claveles.

Los ciegos

A MARIANO DE CAVIA

Gime en los jardines
que deshoja el viento,
un largo lamento
de tristes violines.

Eco de congojas
que muere inconsciente,
entre el persistente
temblor de las hojas.

Cruzan, tateando,
los mendigos ciegos
el parque, ensayando
sus líricos ruegos.

Y las cuerdas viejas
suspiran, imploran...
¡Parece que lloran
olvidadas quejas!

Los ciegos caminan
trabajosamente...

Tropiezan; inclinan
la pálida frente;
y se alejan lentos
—los ojos clavados
en sus pensamientos—,
por los encharcados
senderos, perdidos
en una quimera,
¡con el alma entera
puesta en los oídos!

Pasan los violines
su voz apagando,
y se van quedando
mudos los jardines...

A veces, un lento
suspiro de pena,
lejano resuena,
temblando en el viento...

Eco de congojas
que muere inconsciente,
entre el persistente
temblor de las hojas.

La abuela

A LUIGI CAPUANA

Bajo la cofia blanca, el rostro amarillento
de la anciana sonríe a un sueño color rosa,
mientras con mano torpe, pálida y temblorosa,
recuerda, al clavicordio, un canto soñoliento.

Como ahogados suspiros, surgen de su garganta,
de una canción antigua los ecos olvidados...
Y los niños, el índice en los labios, parados
en el dintel, murmuran: —¡Callad...! ¡La abuela canta!

«—¡Oh, mi amor, mi esperanza! ¿En dónde estás?
[¿En dónde?»,
parece que solloza la música severa...
De pronto la voz muere en un eco suave...

Los niños se aproximan, la llaman... ¡No responde...!
¡Tiene el pálido rostro más blanco que la cera
que ardiendo se consume sobre el antiguo clave!

Egloga

A POMPEO MOLMENTI

El chorro de la fuente
borbotea en el ánfora
de barro que se llena,
mientras la virgen, pálida,
su sien con mano tímida
ciñe de rosas blancas.

El sol fulge en el chorro
borboteante...

El ánfora
lentamente, su trémulo
ronco rumor apaga.

En aquel mediodía
estival caminaba
muerto de sed...

De pronto
sentí correr el agua,
y contemplé en la sombra
tranquila de las palmas,
la fuente, que al sol, era
cantar vivo de plata...!

La virgen en su tímida
cadera apoyó el ánfora,
y la acercó a mis labios,
nueva Samaritana...

Yo miré enrojecerse
sus mejillas...

Temblaban
las manos, y su seno,
entre la tibia gasa
de encaje, como un preso
pájaro aleteaba...

La fuente

A ANGILO ORVIETO

Modula su queja
de cristal doliente
la fuente...

Una fuente vieja,
de piedra musgosa,
que entre la espesura
surge temblorosa,
ebria de frescura...

Habla el agua, gime,
ríe vacilante...
—¡Voz del agua, dime
tu canción errante!—

La fuente se queja;
llora, se estremece
de dolor... Parece
que hablando, se aleja!

¡Nombres olvidados
de viejos amores,
lejanos rumores
de besos callados...!

Todo eso que llora
fugaz e incoherente,
lo repite ahora
la voz de la fuente...!

Lo escucho en la queja
de cristal doliente
que gime la fuente...

Una fuente vieja,
de piedra musgosa,
que entre la espesura
surge temblorosa,
ebria de frescura.

Otoño

Otoño en el paisaje,
Chopin en tu piano...

En la brisa hay perfumes
de lágrimas... El hálito
de algún rosal que el viento
deshoja en el carcano
jardín...

El cielo cruza
un fugitivo bando
de golondrinas...

Muere
sobre tu seno un ramo
de jazmines...

Se extingue
por los valles lejanos
un largo y lento doble
de campanas.

Y un rayo
humilde y temeroso

de sol poniente, entrando
por el balcón, enciende
de luz el empolvado
oro de tus flotantes
cabellos destrenzados...

Otoño en el paisaje,
Chopin en tu piano...

La hermana

A BIANCA MARÍA CAMARANO

En tierra lejana
tengo yo una hermana.

Siempre en Primavera
mi llegada espera
tras de la ventana.

Y a la golondrina
que en sus rejas trina,
dice con dulzura:

—¡Por aquella espina
que arrancaste a Cristo,
dime si le has visto
cruzar la llanura!—

El ave su queja
lanza temerosa,

y en la tarde rosa,
bajo el sol se aleja...

Desde su ventana,
mi pálida hermana,
pregunta al viajero
que camina triste:

—¡Por tu amor primero,
dime si le viste
por ese sendero!—

Pero el pasajero
su calvario sube,
y se aleja lento,
dejando una nube
de polvo en el viento...

Desde su ventana,
a la luna grita
mi pálida hermana:

—¡Por la faz bendita
del Crucificado,
dime en qué sendero
tu rayo postrero
su paso ha alumbrado!—

La luna la vaga
llanura ilumina,
trémula declina,
y en el mar se apaga...

Acaso yo errante
pase vacilante
bajo tu ventana;

y sin conocerme,
mi pálida hermana,
preguntas al verme
venir tan lejano:

—Dime, peregrino,
¿has visto a mi hermano
por ese camino?

La cita

En la tranquila alcoba perfumada
aun la lámpara sueña, vacilante,
nimbar la palidez de tu semblante
con su suave claridad rosada.

Te presente en las sombras la mirada,
y el corazón espera palpitante
desfallecer de amor en el amante
abrazo anunciador de tu llegada.

Aguardo, con el alma toda oídos,
la vaga ondulación de tus vestidos,
de tu ágil planta la pisada incierta,

y el leve golpe tímido y lejano
de tu pequeña y enguantada mano,
que llama --toda trémula-- a mi puerta!

Scherzo

Junto a la dudosa
lámpara te espero...
leyendo...

Una rosa
muere en el florero.

Llueve...
Lentamente
desfilan las Horas...
¿Por qué, alma impaciente,
cuando esperas, lloras?

La estancia desierta,
aun sobre el piano
la sonata abierta
sueña con tu mano.

Suspira en el eco
tu voz... La almohada,
que aun conserva el hueco
de tu sien, espera
la lluvia dorada
de tu cabellera...

Y perfuma el viento
de la vieja estancia,
la tibia fragancia
que exhala tu aliento.

La clara y fulgente
luz de la mañana
brilla en la ventana
abierta...

Se siente
lejana campana...

El libro cerrado,
la rosa marchita...
El reloj parado
señala la cita!

Flor de Otoño

Cuando me sonríes tras la vidriera,
de las tibias tardes a la luz dorada,
fatigado y triste sobre la almohada,
tu pálido rostro parece de cera.

Tienen tus sonrisas el lúgubre encanto
de una flor que muere cuando a abrirse empieza,
y hay en tus pupilas tan honda tristeza,
que, al verlas, los ojos se cubren de llanto.

Golondrina herida que abandona el nido,
tu vuelo a la tierra se inclina ligero;
y eres una efímera flor de invernadero,
que tan sólo vives a fuerza de cuido!

Es más transparente cada vez tu mano;
más amarillenta tu faz demacrada;
y tu voz suspira, débil y apagada,
como si viniese de un mundo lejano.

Ves ante tus plantas el sepulcro abierto;
nostalgias de antiguas primaveras sientes,
y tus negros ojos, profundos y ardientes,
parecen dos cirios que alumbran a un muerto.

Siempre pensativa, triste y ojerosa,
notas que la vida voluble te deja;
y el eco angustioso de tu tos semeja
un golpe de azada, cavando una fosa!

Vestida de blanco, te pierdes como una
quimera de nieve, por la noche en calma,
como si tu cuerpo fuese todo alma,
como si tu alma fuese toda luna!

Y los caminantes exclaman al verte
subir de mi brazo agreste vereda:
—¡Pobre flor de Otoño, qué poco le queda...!
¡Lleva ya en la cara grabada la Muerte!

Mística

A NICOLAS MARIA LOPEZ

En el viejo jardín de la abadía
se alza de un santo monje la escultura,
que turba, con su fúnebre blancura,
de los cielos la azul monotonía.

Silenciosa las horas desafía,
con la mirada inmóvil en la altura,
y proyecta en la trémula espesura
la sombra de su gris melancolía.

No hay pájaros ni suena una plegaria
en el jardín. Tan sólo cuando vierte
el sol la sangre de su luz postrera,

se enrojece la estatua solitaria,
como si bajo el mármol de la Muerte
el rosal de la Vida floreciera!

Las violetas

Entre la grama de la orilla abiertas,
viendo las aguas resbalar tranquilas,
nos recuerdan, a veces, las pupilas
y las ojeras de las novias muertas...

¡Oh, mi primer amor...! ¡Melancolías
futuras que tus ojos me auguraron...!
Cogiendo una violeta, se encontraron
tus manos temblorosas con las mías...

¿No te evoca, poeta, su fragancia,
a la primera novia de tu infancia,
cuyas cartas conservas, bajo llaves,

con tu primer soneto, en tus gavetas,
y de la cual, ahora, sólo sabes
que eran sus ojos como dos violetas...?

Oremus

A LUIS BARREDA

A la luz de la lámpara, un Cristo agonizante,
desfallece en la celda. De rodillas, escuálido,
en éxtasis los ojos, yace un asceta pálido,
inmóvil, como una marmórea estatua orante.

Clava los grandes iris en las llagas divinas,
y los labios, que aroma de incienso la plegaria,
tiemblan de unción... Su carne es una pasionaria,
que, mustia, suda sangre bajo un sayal de espinas!

A medida que el beso de la oración su boca
refresca y santifica, toda la vida loca
y ardiente que se extingue, estéril, en sus venas,

le devora en las llamas de cruentos martirios,
poniendo en sus ojeras cardenales de lirios,
y en sus manos cruzadas palidez de azúcenas!

Teresa de Avila

A FELIPE TRIGO

—Tanto, Señor, en mi locura os quiero,
y es mi pasión tan honda y tan sincera,
que por gozar vuestro sufrir, quisiera
ser clavada con Vos en el madero.

Presa en la cárcel de la vida, espero
que vuestra mano libertarme quiera,
y es tan larga y tan lóbrega la espera,
que muero, buen Jesús, porque no muero!—

Así clamó la Santa enamorada;
y tras largo cilicio, extenuada,
se desplomó, desnuda, sobre el lecho;

el párpado caído y tembloroso,
ávido el labio y palpitante el pecho,
esperando los besos del Esposo!

La hora mística

A MARCELINO MEZQUITA

Ni la más leve nube empaña el firmamento.
En el cielo azuloso, profundo y transparente,
envuelta en el dorado nimbo del sol poniente,
se destaca la rígida silueta del convento.

Silencio... Ni una hoja se estremece en el viento.
Todo duerme en la calma de la tarde silente.
Se oye crecer el musgo, y en el alma se siente
abrirse, como un cáliz, un dulce pensamiento.

Nuestra única esperanza vaga en los corredores
del claustro. De rodillas escucha los clamores
del órgano, que entona responsos funerarios,

y bendice a los monjes, que en estas tardes puras,
cavan, lentos y graves, sus propias sepulturas
al pie de los inmóviles cipreses solitarios!

Pavana

A JULIO DANTAS

Sobre el antiguo clave,
pálida mano blanca,
toda llena de joyas,
preludia una pavana.

Un rumor de abanicos,
de encajes y de gasas,
al despertar la música
en el salón, se apaga.

Los muebles quedan solos...
Y riman las casacas
bordadas, con la seda
pomposa de las faldas.

Mis mejores poesías.—15

Y envuelta en la humareda
de luz de las arañas
dentro de las floridas
cornucopias doradas,
ceremoniosamente
se refleja una vaga
inclinación de lentas
pelucas empolvadas...

Sobre el antiguo clave,
pálida mano blanca,
toda llena de joyas,
preludia una pavana.

La rueca

A YOLANDA

La virgen cantaba;
la dueña dormía;
la rueca giraba,
loca de alegría.

—¡Cordero divino,
tus blancos vellones
no igualan al lino
de mis ilusiones!

¡Gira, rueca mía,
gira, gira al viento...!
¡Amanece el día
de mi casamiento!

¡Hila con cuidado
mi velo de nieve,
que vendrá el amado
que al altar me lleve!

Se acerca... Le sienta
cruzar la llanura...
Sueña la ternura
de su voz el viento...

¡Gira, rueda loca,
gira, gira, gira...!
¡Su labio suspira
por besar mi boca!

¡Gira, que mañana,
cuando el alba cante
la clara campana,
llegará mi amante!

¡Cordero divino,
tus blancos vellones
no igualan al lino
de mis ilusiones!—

La luz se apagaba;
la dueña dormía;
la virgen hilaba,
y sólo se oía

la voz crepitante
de la leña seca...,
¡y el loco y constante
girar de la rueda!

El clavicordio

A GONÇALVES DIAS

En el ángulo sombrío
de la estancia, silencioso,
con lejanos retornelos de sonatas olvidadas,
sueña, abierto, el clavicordio.

A través de los cristales
empañados, el lluvioso
jardín muerto se deshoja,
esfumándose en las brumas de un crepúsculo de Otoño.

En la antigua sala flota
el perfume melancólico
de las rosas, que en las viejas porcelanas
se marchitan, lentamente, de tristeza y de abandono.

Los dorados cuadros duermen,
olvidados, bajo el polvo,
y las sombras de los muebles, a lo largo de los muros,
melancólicas alargan sus fantásticos contornos.

La abuelita, triste, sueña... Bajo el lino de la cofia,
la mirada taciturna de sus ojos,
a través de las rasgadas humidades de la lluvia,
se diluye en el recuerdo de los parques del Otoño,
donde elevan los cipreses, humeantes de neblinas,
sus siluetas triangulares, bajo el cielo gris de plomo.

¡Está seria y está muda! Ya no alegra nuestros juegos,
ni nos narra viejos cuentos de princesas y gnomos.
Las tinieblas se insinúan a lo largo de la estancia;
lentamente, los espejos, apagando van sus tonos;
los retratos, carcomidos, en sus marcos de negrura,
palidecen y se apagan, confundidos y borrosos;
y los muebles agonizan devorados por la sombra,
murmurando viejas cosas y crujiendo bajo el polvo.

Un reloj, lento y lejano,
deja caer en el hondo
silencio el agrio martillo de sus férreas campanadas,
que retumban en los ángulos del salón desierto y ló-
[brego!

Las tinieblas han borrado
las ventanas... Y, de pronto,
en el fondo de la estancia,
a las tímidas caricias de unos dedos temblorosos,
despertando los acordes de una música olvidada,
en las teclas polvorientas del antiguo clavicordio!

Términus

A BLAGIO CHIARA

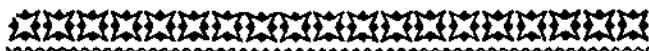
En un negro silencio me he perdido.
La noche envuelve mi camino. Nada
en la sombra percibe la mirada,
ni el más leve rumor llega al oído.

No late el corazón, ni escucho el ruido
que en las sendas produce mi pisada...
¡Quién sabe si, al final de la jornada,
la propia obscuridad será el olvido!

Sin sentir, sin pensar... Estoy más muerto
que los que el mármol del sepulcro encierra...,
y soy, en la aridez de este desierto,

el sueño de algún alma desterrada,
que, cansada de andar sobre la tierra,
regresa a los misterios de la Nada!

FIN



INDICE

	<u>PÁGS.</u>
Tu reja.	7
Primavera.	10
Invernal.	11
Amorosa.	12
Ocaso.	13
Celos.	14
La última cita.	15
Báquica.	17
Prehudio.	23
La seguidilla.	24
Nocturno de ciudad.	29
Bajo el naranjo del patio.	31
Jaramagos.	35
Sensitivas.	43
La canción de mi Musa.	49
El camino.	50
Pasionaria.	53

	PÁGS.
¡Semper!	61
Simbólica.	62
Nocturno.	63
Recóndita.	64
Primavera.	65
Lontananzas.	66
Nihil.	67
Orgullo.	70
Bohemia.	73
Soledades.	77
Tarde de Otoño.	81
Aparición.	89
Mientras caen las hojas...	90
Romeo y Julieta.	91
Póstuma.	92
El alma de la fuente.	93
Música triste.	94
Ofrenda.	97
Los Crepúsculos de Sangre.	98
Medioeval.	104
Flores de Ensueño.	107
Epitalamio.	109
Envío.	111
Paisaje de Sombra.	112
Los murciélagos.	114
Neuróticas.	118
Paisaje interior.	123
Los Cruzados de Thule.	124
Crepúsculo místico.	125
Del Mes de María.	126
¡Resurrección!	127
Silencio.	128
Parábolas.	129
Miserere.	137

	PÁGS.
Preludio interior.	143
El alto de los bohemios.	144
La sombra de las manos.	146
El jardín de los besos.	150
La bella durmiente.	152
Flor de camino.	154
Perfume antiguo.	155
Tarantela.	157
Paisaje.	160
Octubre.	161
Crepúsculo.	163
Nocturno.	165
Canción de Otoño.	167
La canción del hogar.	167
Rapsodia.	172
Renacimiento.	175
Pan.	176
Histérica.	177
Ave, Femina.	178
La sonrisa del fauno.	179
Pagana.	180
Venus de Milo.	181
Vendimia.	182
La muerte del sátiro.	183
Póstuma.	184
Anacreónica.	185
Camafeo.	186
La última elegía.	187
Ofertorio.	191
Las niñas grises.	192
Mediodía.	194
Nieve.	196
Samaritana.	198
La canción del regreso.	201

	PÁGS.
Los ciegos.	203
La abuela.	205
Egloga.	206
La fuente.	208
Otoño.	210
La hermana.	212
La cita.	215
Scherzo.	216
Flor de Otoño.	218
Mística.	220
Las violetas.	221
Oremus.	222
Teresa de Avila.	223
La hora mística.	224
Pavana.	225
La rueca.	227
El clavicordio.	229
Términus.	231



POESIAS COMPLETAS

DE

SALVADOR RUEDA

Cuando se editó por primera vez este libro, dijo el poeta Curros Enríquez: «Desde la aparición de los *Gritos del Combate*; antes, tal vez: desde la aparición de las *Rimas*, de Bécquer, no registra la lírica española acontecimiento más notable que la publicación de *Trompetas de órgano*.»

Esta sección de las poesías de Rueda, figura en sus **POESIAS COMPLETAS**, amén de las que posteriormente escribió, y que dieron fama imperecedera al eximio vate malagueño.

Lleva esta obra, además del prólogo nombrado, valiosos apéndices relacionados con la coronación de Rueda. Un grueso volumen, formato 22 por 15 centímetros, de 576 páginas, con el retrato del autor, 6 pesetas en rústica y 9 en tela.

CANTANDO POR AMBOS MUNDOS

NUEVA COLECCION DE POESIAS

DE

SALVADOR RUEDA

Años después de publicado el volumen de *Poesías Completas*, la copiosa producción de Rueda aumentó con una nueva obra el dilatado Catálogo de esta Casa Editorial.

En el libro **CANTANDO POR AMBOS MUNDOS**, figura de un modo íntegro la producción poética del inspirado vate, en los últimos años; pudiendo afirmarse que en estos dos tomos se encuentra todo cuanto Rueda ha creído digno de leerse y conservarse.

Este volumen, de igual formato y precio que el anterior, lleva al frente un prólogo del autor, otro del escritor chileno A. Donoso, y varios apéndices de crítica y viajes.

PARNASO ESPAÑOL CONTEMPORANEO

ANTOLOGIA COMPLETA DE LOS MEJORES POETAS,
ESMERADAMENTE SELECCIONADA

POR

JOSE BRISSA

Críticos exigentes, dice el recopilador de esta obra, hay que niegan en redondo que estemos asistiendo en lo que llevamos de siglo, a un florecimiento de la poesía española, pero censores más respetados. entonan un cántico al Renacimiento poético español.

Y como los dos bandos no se han de poner de acuerdo, el autor de esta Antología da por bueno que la poesía hispana renace, y muy lozana, quedando sólo el punto más difícil de resolver.

¿Cuántos son los poetas actuales que merezcan tal nombre?

Eso, el lector lo ha de decir. En este volumen se halla seleccionado lo que puede servir de juicio.

Antologías de poetas españoles, hay muchas; pero de poetas contemporáneos, pocas, incompletas y reunidas con estrecho criterio de ideales. La de esta colección está avalorada por la mejor acogida que de los lectores ha merecido.

Forma esta importante obra un voluminoso tomo en 4.º, de 512 páginas, impreso en papel especial y de clara lectura, con artística cubierta en colores.

Se vende en las principales librerías de París, España y América, al precio de **6 pesetas** el ejemplar, en rústica, y **9 pesetas**, encuadernado en tela.

ENIGMAS, ACERTIJOS Y ADIVINANZAS

RECOGIDOS, COLECCIONADOS, ARREGLADOS Y COMPUESTOS

POR

FELIX MANZANO

CON UN PRÓLOGO DE JOSE BRISSA

Un tomo de nutrida lectura y de gran entretenimiento, con cubierta en colores, **2 pesetas**.

LA VIDA INVEROSIMIL

POR

MANUEL UGARTE

Obra de gran interés literario y social, impresiones de actualidad, del gran escritor argentino.

Un tomo con cubierta en tricromía, **3 pesetas**.

OBRAS POÉTICAS

- Antología de Panamá**, por Demetrio Korsi. Un tomo, 3 pesetas.
- Cantando por ambos mundos**, de S. Rueda. Un t. 6 pesetas.
- Cantos de Vida y Esperanza**, por Rubén Darío.—Un tomo, 3 ptas.
- Colección de sonetos** (350 de los mejores autores de España y de América), por N. Díaz de Escobar.—Un tomo, 3 pesetas.
- El libro azul** (poesías), por Adalberto A. Esteva.—Un tomo, 2 ptas.
- Futilidades**, por J. Ferrer Esteller.—Un tomo en tela, 2 pesetas.
- Jeyillos.—Pomarrosas.—Cantos de rebeldía**, por José de Dierr. Cada tomo, 3 pesetas.
- La Casa del Pecado**, por F. Villacpesca.—Un tomo, 3 pesetas.
- La Araucana**, por Alonso de Ercilla.—2 tomos, 6 pesetas.
- Mis Mejores Poesías**, por F. Villacpesca.—Un tomo, 3 pesetas.
- Mi Patria y mi Dama**, por J. L. Cordero.—Un tomo, 3 pesetas.
- Obras Poéticas de José Espronceda**.—Con ocho láminas, 3 ptas.
- Obras Completas de D. Ramón Campoamor**.—Cuatro tomos ilustrados. Cada tomo, 3 pesetas.
- Obras de Manuel Acuña** (poesías).—Un tomo, 3 pesetas.
- Parnaso Argentino**.—Con retratos, un tomo, 4 pesetas.
- Parnaso Antillano**, por O. Bazil.—Un tomo, 3 pesetas.
- Parnaso Boliviano**, por L. F. Blanco Meaño.—Un tomo, 3 pesetas.
- Parnaso Brasileño**, por Alfonso Costa.—Un tomo, 3 pesetas.
- Parnaso Colombiano**.—Un tomo, 4 pesetas.
- Parnaso Chileno**.—Un tomo ilustrado con 30 retratos, 3 pesetas.
- Parnaso Cubano**, por Adrián del Valle.—Un tomo, 3 pesetas.
- Parnaso Costarricense**, por Rafael Bolívar Coronado.—Un t. 3 ptas.
- Parnaso Dominicano**, por O. Bazil.—Un tomo, 3 pesetas.
- Parnaso Ecuatoriano**, por José Brissa.—Un tomo, 3 pesetas.
- Parnaso Español Contemporáneo**, por José Brissa.—Un t. 6 ptas.
- Parnaso Filipino** por E. Martín de la Cámara.—Un tomo, 4 pesetas.
- Parnaso Mexicano**, por A. Esteva y J. Pablo Rivas.—2 tomos, 6 ptas.
- Parnaso Nicaragüense**.—Un tomo con retratos, 3 pesetas.
- Parnaso Paraguayo**, por Michel A. De Vitis.—Un tomo, 3 ptas.
- Parnaso Peruano**, por V. G. Calderón.—Un tomo, 3 pesetas.
- Parnaso Portorriqueño**, por E. Torres Rivera.—Un tomo, 3 ptas.
- Parnaso Salvadoreño**, por Salvador L. Eraso.—Un tomo, 3 pesetas.
- Parnaso Uruguayo**, por Antonia Artucio Ferreira.—Un tomo, 3 ptas.
- Parnaso Venezolano**, por G. Gamargo.—Dos tomos, 6 pesetas.
- Poesías Escogidas**, por Juan de Dios Peza.—Un tomo, 3 pesetas.
- Poesías de Antonio Plaza**.—Un tomo ilustrado, 3 pesetas.
- Pasionarias**, por Manuel Flores.—Edición ilustrada, 3 pesetas.
- Poesías Completas de Ricardo Palma**.—Un tomo, 3 pesetas.
- Poesías Escogidas de Manuel Machado**.—Un tomo, 3 pesetas.
- Poesías Completas de Salvador Rueda**.—Un tomo en 4.º de 576 páginas, con el retrato del autor, 6 pesetas.
- Poemas de Enrique Heine**.—Un tomo, 3 pesetas.
- Poesías de Andrés Bello**.—Un tomo, 3 pesetas.
- Poesías de Olegario V. Andrade**.—Un tomo, 3 pesetas.
- Poesías de José Asunción Silva**.—Un tomo, 3 pesetas.
- Poesías de José Joaquín Olmedo**.—Un tomo, 3 pesetas.
- Poesías completas de Santos Chocano**.—Dos tomos, 6 pesetas.
- Poesías escogidas**, por E. Carrasquilla-Mallarino.—Un tomo, 3 ptas.
- Poesías completas**, de Manuel Ugarte.—Un tomo, 4 pesetas.
- Rosas de Pasión**.—Poesías de Carlos Miranda. Un tomo, 3 pesetas.